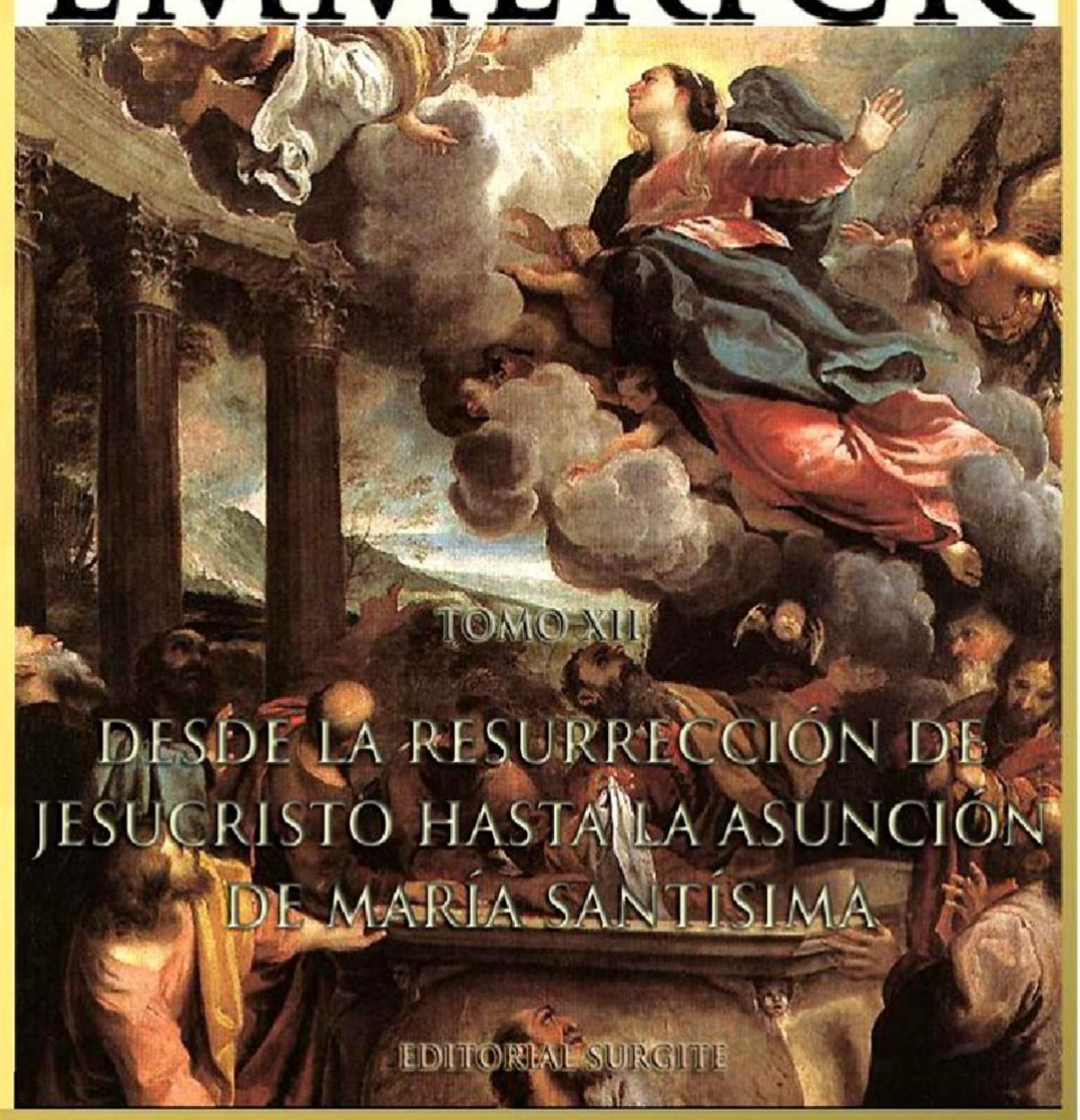
CLEMENS BRENTANO, BERNARDO E.
OVERBERG Y GUILLERMO WESENER

VISIONES Y REVELACIONES DE LA VEN.

ANA CATALINA EMMERICK



LA VIDA DE JESUCRISTO Y DE SU MADRE SANTÍSIMA

(Desde la Resurrección de Jesucristo hasta la Asunción de María Santísima)

Según las visiones de la Ven. Ana Catalina Emmerick

- Editado por Revista Cristiandad.org y Editorial Surgite! –

ÍNDICE

Número y Título del Capítulo **Página**

INTRODUCCION

Observamos en esta época los trabajos de los apóstoles y discípulos después de la resurrección del Señor, coincidentes con el relato de San Lucas. Corresponde, sin embargo, destacar tres hechos importantes: 1° Los apóstoles inician, según Ana Catalina, los cultos divinos, particularmente el santo Sacrificio de la Misa, de acuerdo con la liturgia aprendida del mismo Jesucristo. Resulta ilustrativo observar el uso de las vestiduras y de los vasos sagrados, las primeras ordenaciones sacerdotales y la formación paulatina de la jerarquía eclesiástica. 2° La venida de la tercera divina Persona aparece relevada como un acontecimiento prodigioso de la naturaleza. La vidente describe al Espíritu Santo como un meteoro extraordinario que desciende maravillosamente sobre el Cenáculo. San Pedro adquiere entonces, como jefe, una estatura inusitada ante sus compañeros y el pueblo. 3° La Virgen Inmaculada se retira a Éfeso con San Juan Evangelista, inaugura el Vía Crucis, regresa a Jerusalén para recorrer los lugares donde padeció su divino Hijo, y muere en Éfeso rodeada de los apóstoles, con excepción de Santo Tomas. Los discípulos advierten cada vez mejor la grandeza incomparable de la Mujer bienaventurada entre todas. La Asunción esta descrita con tanta sencillez y belleza que nos resulta ahora sorprendente la demora de tantos siglos para que este misterio se haya definido dogmáticamente.

I

Primeros actos de culto después de la Resurrección

En el vestíbulo abierto de la sala de la última Cena preparó Nicodemo una cena para los apóstoles, las santas mujeres y una parte de los discípulos. Tomas no estaba con los demás: se había retirado de propia voluntad. Todo lo que aquí se hacía era según lo estaba ordenado por el Señor. Jesús había, en la última Cena, instruido a Pedro y a Juan, que estaban al lado, y a los que había ordenado de sacerdotes, acerca de todo lo referente al Santísimo Sacramento, mandándoles que luego instruyesen a los demás repitiéndoles las enseñanzas recibidas.

He visto a Pedro y a Juan en medio de ocho apóstoles abrir los misterios que el Señor les había confiado; hacerlos participantes de ellos y conferir con ellos acerca del modo de administrar esos misterios. Todo lo que Pedro decía era confirmado por Juan. Los apóstoles tenían vestiduras blancas de fiesta; Pedro y Juan tenían ademas una estola que colgaba desde los hombros al pecho, cruzada allí y sujeta por una grapa. Los demás apóstoles llevaban una estola desde un hombro, que pasaba por la espalda y el pecho, cruzada debajo del brazo y sujeta allí con una grapa. Pedro y Juan habían sido consagrados sacerdotes por Jesús; los demás eran sólo diáconos.

Después de esta conferencia he visto entrar a las santas mujeres en número de nueve y a Pedro que las instruía. Pedro hacia esto en la sala mientras Juan recibía a los discípulos más antiguos; en número de diecisiete, en la puerta. Eran los que más habían estado con el Señor. Entre ellos figuraban Zaqueo, Natanael, Matías, Barsabás y otros. Primero Juan sirvió en el oficio de lavarles los pies y luego se revistieron de vestiduras blancas con cinturones.

He visto que Pedro envió a Mateo, después de la instrucción impartida, a casa de Lázaro, en Betania, para que allí, en otra cena y delante de muchos otros discípulos, repitiera lo que aquí se había enseñado y hecho.

Después he visto preparar en el vestíbulo de la sala una mesa larga, de modo que algunos de los discípulos quedaban fuera del vestíbulo del Cenáculo, en el patio sombreado por tupidos árboles Se habían dejado tres entradas a las mesas para servir los alimentos. Las santas mujeres ocupaban el final de la mesa. Llevaban largas vestiduras blancas, con velos, pero sin cubrirse los rostros. Se sentaban a las mesas sobre pequeños y bajos taburetes, con asideros, y tenían las piernas cruzadas.

En el medio de la mesa se sentaron Pedro y Juan, de frente: así cerraban la hilera de los hombres separándola de la de las mujeres. Los asientos no eran como lo fueron en la última Cena: tenían unos almohadones bajos, entretejidos, sobre los cuales se reclinaban. Delante tenían un rodete abotagado que estaba sobre dos pies más elevados, sujeto con maderas atravesadas. Todos estaban en la mesa echados, de modo que los pies de uno se extendían a lo largo de las espaldas del siguiente. En la ultima Cena he visto que estaban echados de manera que extendían los pies totalmente afuera.

Esta comida transcurrió con todo orden. Primero oraron de pie; luego comieron echados, como he dicho, mientras Pedro y Juan enseñaban. Al final de la comida presentaron a Pedro un pan acanalado y chato. Pedro lo dividió en partes y puesto sobre dos fuentes lo hizo pasar a derecha e izquierda de la mesa. Se pasó también por la mesa un recipiente de vino bastante grande, y todos bebieron de él. Aunque Pedro bendijo ese pan, no era el Sacramento, sino sólo un ágape lo que celebraban. Pedro enseñó que todos debían ser uno, como uno era el pan que se distribuyó y como era uno el vino del cual bebieron todos. Después de esto se levantaron y cantaron salmos.

Cuando se hubo terminado el ágape y limpiado las mesas, las santas mujeres se reunieron en grupo al final de la sala. Los discípulos estaban de ambos lados. Los apóstoles iban de un grupo a otro ensenando e instruyendo a los discípulos más antiguos lo que debían saber sobre el santo Sacramento. Era la primera catequesis después de la muerte de Jesús. He visto como yendo de unos a otros se daban las manos y declaraban que querían tener todo en común y alegres, dar de lo que tenían; ser uno y permanecer unidos. En esto vino como una conmoción entre ellos. Los he visto a todos como inundados de luz, como que se fundían en amor recíproco. Toda esa luz se levantaba como formando una pirámide, y en la cúspide de esa luz apareció la Virgen María como coronación y punto céntrico de todo. Desde donde estaba María salieron rayos de luz que se derramaban sobre los apóstoles. Era una representación de la unión de todos y símbolo de las relaciones de unos con otros.

He visto como Mateo ensenaba en casa de Lázaro, en ocasión de un ágape semejante, entre muchos más discípulos que no estaban todavía en grado de comprender las enseñanzas como éstos del Cenáculo.

II

La Comunión de los apóstoles

A la mañana muy temprano he visto como Pedro y Juan con Andrés entraban en la sala del Cenáculo y se revestían de los hábitos de sacerdote. Los demás apóstoles hacían lo mismo en la sala contigua. Los primeros tres apóstoles descorrieron la cortina, que era una colgadura entretejida en la parte media, y entraron en el sector de la sala que habían reservado para el Santísimo. Esta parte se había transformado en oratorio separándola del resto de la sala con un cortinado no tan alto, de modo que pudiera penetrar dentro la luz que venia de una ventana abierta en medio del salón. La cortina estaba adornada con borlas y se podía abrir por el medio para dar entrada a la luz. La mesa de la ultima Cena estaba allí. El cáliz con el resto del *sanguis* y la fuente con los restos del pan consagrado, estaban guardados en un nicho de la pared que formaba como un tabernáculo. Delante del Santísimo ardía una lámpara de un candelabro de varios brazos. Con esta luz encendieron la lampara que había ardido en la Pascua. Trajeron al centro de la sala la mesa de la última Cena, pusieron sobre ella el Sacramento y apagaron la lámpara que había ardido delante. Los demás apóstoles, entre ellos Tomas, se colocaron en torno de la mesa. Del pan consagrado por Jesús y cambiado en su Cuerpo había aun bastante en la fuente pequeña, sobre el cáliz, cubierto con un fanal en forma de campana que tenia arriba un botón para asirlo. Sobre todo esto, cubriéndolo, estaba tendido un lienzo blanco.

Pedro sacó el tirador de la base, lo cubrió con el lienzo y puso sobre él el plato con el santo Sacramento. Detrás de Pedro Juan y Andrés recitaban oraciones. Pedro y Juan. inclinados, recibieron el Sacramento; luego Pedro hizo circular el plato y cada uno recibió por si mismo el Sacramento. En el cáliz que había consagrado el Señor habían echado un poco de vino y de agua, y bebieron luego de él. Después cantaron salmos, oraron, cubrieron el cáliz y lo llevaron de nuevo a su lugar, como también la mesa. Esta fue la primera función que he visto celebrar por los once apóstoles Después vi que Tomas se fue con otro discípulo de Samaria a un pueblo de los alrededores.

III

Los discípulos de Emaus

Lucas, que está desde hace poco entre los apóstoles, pero que ya había estado con Juan Bautista y recibido el bautismo de él, formaba parte del grupo de los discípulos que habían escuchado la instrucción de Mateo en casa de Lázaro, en Betania. Después de esta instrucción, permaneció pensativo y dudoso; por la tarde se fue a Jerusalén y pasó la noche en casa de Juan Marcos, donde había otros discípulos reunidos, entre ellos Cleofás, nieto del hermano del padre de María Cleofás, que había estado en la instrucción del Cenáculo. Los discípulos hablaban de la Resurrección de Jesús, pero dudaban. Lucas y Cleofás, especialmente, estaban muy dudosos en su fe. Como salió de nuevo la orden de los sacerdotes de que nadie diese albergue ni comida a los discípulos de Jesús, resolvieron los dos, que se conocían con anterioridad, ir a Emaús y vivir allí retirados. Abandonaron la reunión y uno, saliendo de la casa de Juan Marcos, se encaminó por la derecha afuera de la ciudad por el Norte, y el otro por la parte opuesta, para no despertar sospechas y no ser vistos juntos. El uno no tocó la ciudad; el otro, atravesando muros, salió por la puerta. Junto a una colina, fuera de la ciudad, volvieron a juntarse: tenían bastón de caminantes y alforjas. Lucas lleva una bolsa de cuero: lo veo salir a veces del camino y juntar hierbas. Lucas no estuvo en los últimos tiempos con el Señor. En Betania no estaba siempre en la instrucción de Mateo, sino más bien en el albergue con otros discípulos Lo he visto también en Maqueronte. No había sido hasta ahora un discípulo permanente: ahora empieza a serlo; con todo había estado mucho con los discípulos y era muy deseoso de saber. Yo sentía que ambos estaban inquietos y dudosos y querían hablar de las cosas que se decían. No podían especialmente comprender como el Señor hubiese permitido ser crucificado tan villanamente por sus enemigos.

Más o menos a mitad del camino se les acercó Jesús de un lado. Cuando lo vieron, retardaron el paso como deseando que pasara delante y no oyese la conversación. Jesús retardo también el paso y se unió a ellos cuando estaban delante algunos pasos. He visto al Señor caminar un momento detrás de ellos; luego se adelantó y les pregunto qué hablaban. Cuando estaban por llegar a Emaús, hermoso lugar donde el camino se dividía en dos, quiso el Señor tomar el camino hacia Belén en dirección al Sur. Ellos le rogaron y le forzaron a entrar en una casa de Emaús, en la segunda hilera de la población No he visto a mujeres en la casa; me pareció una sala de fiesta abierta, donde hubiese tenido lugar una reunión. La habitación era cuadrada y limpia; la mesa estaba preparada; había almohadones y divanes en tomo, como en la última Cena. Un hombre trajo un panel de miel en una bandeja entretejida y una torta bastante grande de forma cuadrada. Delante de Jesús, como a huésped, le pusieron · un pan pequeño, delgado, casi transparente, como los panes de Pascua. Este hombre me pareció bueno: llevaba un delantal como si fuera cocinero o servidor de la casa. No estuvo presente en la acción que realizó luego Jesús. La torta estaba acanalada y señalada en partes del grosor de dos dedos. Sobre la mesa había un cuchillo blanco de hueso o de piedra, curvo y grande como una cuchilla nuestra. Rezaron y comieron parte de la torta y del panal de miel. Primero comió Jesús, tendido en el diván. Luego tomó el panecillo que tenia las hendiduras y con el cuchillo blanco de hueso lo dividió en tres partes, lo colocó sobre

ambas manos, un plato y lo bendijo; panes y oro con los ojos elevados al cielo. Los dos hombres estaban delante de Jesús, conmovidos, como fuera de sí mismos. Jesús separó los bocados y ellos se acercaron con la boca abierta al Señor, quien con su mano le dió a cada uno su parte. He visto que al mover Jesús la mano hacia la boca, el tercer bocado desapareció de entre sus dedos. No puedo decir que en realidad haya tomado el tercer bocado. Los bocados brillaban cuando los hubo bendecido. A los dos discípulos los vi por un rato como transportados; luego, entre lagrimas de ternura, se echaron entre sus brazos llenos de santa emoción.

Esta escena fue en particular emocionante por la exquisita bondad de Jesús y la alegría tranquila de los dos discípulos, mientras aun no lo conocieron, y más por el éxtasis en que se sumieron cuando lo reconocieron y El desapareció de sus ojos. Cleofás y Lucas volvieron de inmediato a Jerusalén.

La tarde del mismo día estaban los apóstoles, menos Tomás con varios discípulos y con José de Arimatea y Nicodemo, en la sala donde brillaba una lámpara que colgaba del techo. Estaban entregados a la oración: me parecía que en acción de gracias después de un acto de liturgia, de condolencia, pues en Jerusalén se cerraban hoy las fiestas de la Pascua. Todos llevaban trajes blancos muy largos. Pedro, Juan y Santiago el Menor tenían vestimentas especiales y rollos de la Escritura en las manos. Sobre sus vestiduras llevaban un cinturón ancho como la palma de la mano, del cual pendían dos cintas del mismo ancho, hasta las rodillas, terminando en forma dentada. Tanto el cinturón como las dos cintas pendientes tenían letras blancas sobre el fondo negro. Por detrás el cinturón tenia un nudo y las dos partes se cruzaban y caían más abajo todavía que las dos cintas delanteras. Las mangas de la vestidura eran muy amplias y una de ellas servia para guardar los rollos de la Escritura. Del codo del brazo izquierdo pendía un manipulo ancho, terminado en borlas del mismo color y hechura que el cinturón y las cintas. Pedro llevaba una estola, angosta en el cuello, y más ancha al caer sobre el pecho, donde se cruzaban las dos partes, sujetas por un escudo en forma de corazón, lustroso y adornado de piedras. Los otros dos apóstoles llevaban estola cruzada y las cintas del cinturón eran más cortas. Durante la oración solían cruzar las manos sobre el pecho. La primera hilera debajo de la lampara estaba formada por los apóstoles; las otras dos por los discípulos. Pedro, entre Juan y Santiago, estaba de espaldas a la puerta cerrada de la sala del Cenáculo. Detrás de él no había sino pocos, y delante, los que formaban circulo, dejaban abierto el medio que daba al lugar del Santísimo. María Santísima estaba en compañía de María Cleofás y María Magdalena, presentes a este acto en el vestíbulo de la sala cerrada. Después de la oración hubo también instrucción por parte de Pedro.

Me maravilla ver que la mayoría de los apóstoles y discípulos no acababan de creer, aun cuando el Señor se había aparecido ya a Pedro, a Juan y a Santiago. Pensaban que tal aparición no era verdadera, sino una visión o algo así como solían tener los profetas cuando predecían el futuro. No creían todavía en una aparición corporal y verdadera.

Después de la instrucción de Pedro se habían reunido nuevamente para la oración. En ese momento Lucas y Cleofás llegaban a la puerta del Cenáculo y golpeaban. Volvían de Emaús y contaron la alegre nueva de la aparición del Señor. La oración fue interrumpida. Cuando prosiguieron la oración, de pronto todos se sintieron conmovidos, resplandecientes de contento. Jesús había entrado a puertas cerradas. Aparecía en blanca y larga vestidura, ceñida por un cinturón. Sintieron su proximidad antes de que Él se

adelantara y se pusiera debajo de la lámpara del centro. Todos estaban admirados y conmovidos. Jesús les mostró sus manos y sus pies llagados, y abriendo su pecho, la herida de la lanza. Les hablaba y como vio que estaban espantados, pidió algo de comer. De su boca salían rayos de luz que iban a los presentes, que estaban como fuera de sí.

Entonces vi que Pedro se dirigió a un rincón de la sala, donde colgaba una cortina ocultando una parte del salón. Yo no había reparado en ello, porque la cortina era del mismo color que las paredes. En esa división de la sala, ademas del lugar del Santísimo, había un sitio para guardar una mesita alta de un codo que usaban para los ágapes después de la oración. Sobre esta mesita había un plato ovalado y hondo, cubierto con un lienzo blanco. Pedro trajo el plato y lo puso delante del Señor. En el plato había un trozo de pescado y algo de un panal de miel. Jesús dio gracias, bendijo el alimento, comió y dio del mismo a algunos, no a todos. También a su Santísima Madre, que estaba con otras mujeres en el vestíbulo, dio parte del alimento, como a las que la acompañaban. Después lo he visto enseñando y dando poderes y fuerzas a los apóstoles. El círculo que lo rodeaba era triple; adentro estaban los diez apóstoles. Tomas no estaba allí. Me causaba maravilla ver que una parte de sus palabras las oían sólo los diez apóstoles. Pero no puedo decir qué oían. Yo no veía mover los labios a Jesús. Él iluminaba; despedía luz de sus manos. de sus pies y de su costado, y de su boca, como si soplase sobre ellos. Esa luz entraba en ellos y ellos entendían y comprendían todo. Yo no he visto movimiento de labios ni oía voz alguna, ni veía que ellos entendieran palabras por el oído. Entendieron que podían perdonar los pecados; que debían bautizar a las gentes; que podían curar enfermedades; que debían imponer las manos, y que podían probar veneno sin daño alguno. Yo no sabia explicar esto; pero yo entendía que todo esto lo decía sin palabras; que lo decía no para todos; que sólo lo entendían los que debían entenderlo, y que todo esto lo comunicaba como si fuera una substancia, algo existente, como un rayo que penetra en ellos. No podría tampoco decir si ellos entendían que lo recibían así o si pensaban recibir esto por oído natural. Lo que puedo decir es que solamente los del circulo interior recibieron estos poderes, es decir, los apóstoles. Todo esto lo puedo comparar a un oír interior, sin conversación, en voz tan baja que ni siquiera era un susurro.

Jesús les explicó y declaro varios pasajes de la Sagrada Escritura que se referían a Él y al Santo Sacramento, y ordenó un rito y ceremonias para honrar el Santo Sacramento para después de la festividad del Sábado (es decir, para el Domingo). Les habló del misterio del Arca de la Alianza; de las reliquias de los Patriarcas y de su veneración, y como debían usar de su intercesión delante de Dios. Les dijo que Abraham ponía huesos y reliquias de Adán cuando ofrecía sacrificios. Un punto del sacrificio de Melquisedec, que entendí entonces y me pareció muy importante, ahora no lo puedo recordar.

Les dijo además que la vestidura polimita que Jacob dio a José era una figura de su sudor de sangre en el huerto. En este momento vi la túnica de José. Era blanca con rayas gruesas coloradas, tenia sobre el pecho tres cordones negros al través y en medio un adorno amarillo. Arriba era ancha como para guardar algo sobre el seno y en el medio ceñida. Debajo tenía a los lados dos cortes para facilitar el andar. Por delante llegaba casi a los pies y por detrás era algo más larga. Hacia el pecho, hasta el cinturón, estaba abierta. La túnica ordinaria de José, en cambio, le llegaba sólo hasta las rodillas. Jesús dijo también a los apóstoles que en el Arca de la Alianza había huesos de Adán, de los cuales Jacob entregó a punto fijo qué era lo que le daba su padre. Jacob se lo dio como

prueba de amor, como quien le daba una defensa, una protección, porque sabía que sus hermanos no lo querían bien. José tenia esos huesos sobre su pecho en una bolsita de cuero, de forma cuadrada abajo y arriba redondeada. Cuando sus hermanos lo vendieron a los mercaderes, le quitaron la túnica polimita y el vestido interior. Pero José tenia todavía una especie de escapulario sobre su cuerpo y en el pecho la bolsita con la reliquia. Cuando Jacob fue a Egipto pregunto a José si conservaba esa bolsita y le declaró que contenía huesos de Adán. En esta ocasión he vuelto a ver los huesos de Adán enterrados en el monte Calvario. Los he visto blancos, como la nieve, pero muy duros. Más tarde se conservaron en el Arca huesos del mismo José.

Jesús hablo del misterio del Arca de la Alianza declarando que ese misterio era ahora su cuerpo y su sangre que les había dejado en el Santísimo Sacramento. Les habló todavía de sus dolores y de su Pasión, explicándoles cosas maravillosas de David, que ellos ignoraban. Por último les mandó que después de unos días fueran a Sichar y diesen testimonio de su resurrección. Luego desapareció. He visto que todos estaban como fuera de sí, por el éxtasis y la emoción. Abrieron la puerta y salieron y entraron nuevamente. Más tarde los vi de nuevo reunidos bajo la lampara, dando gracias y cantando salmos.

IV

Los apóstoles predican la Resurrección

La misma noche he visto que, según la orden de Jesús, unos iban a Betania y otros a Jerusalén. En Betania quedaron algunos de los discípulos más antiguos para instruir a los más nuevos y a los indecisos en la fe; lo cual hacían parte en casa de Lázaro y parte en la sinagoga. Nicodemo y José de Arimatea se hospedaban en casa de Lázaro. Las santas mujeres estaban en un departamento aparte de la misma casa de Lázaro, rodeado de un patio y de excavaciones. Tenía entrada por la calle y estaba habitado ordinariamente por Marta y por Magdalena. Los apóstoles con algunos discípulos, entre ellos Lucas, se dirigieron hacia Sichar. Pedro les dijo con alegría: "Queremos ir al mar a pescar", entendiendo decir: a salvar almas. Llegados allí se dividieron en varios grupos, y enseñaban en los albergues y al aire libre hablando de la Pasión, muerte y resurrección de Cristo. Era como una anticipación de lo que harían después de Pentecostés. En el albergue de Tenat-Silo se reunieron de nuevo todos. También Tomas llegó con dos discípulos hasta allí, mientras estaban reunidos para una comida. Esta comida la había preparado el padre de Silvano, que tenía la custodia del albergue para los apóstoles. Los apóstoles contaron a Tomas la aparición de Jesús en medio de ellos; pero él hacia ademanes con la mano diciendo que no creería hasta que no tocase sus llagas. Lo mismo decía delante de los discípulos que le contaron lo que habían visto. Tomás se había separado de la comunidad y había flaqueado en la fe.

Pedro enseñó en la escuela de Tenat-Silo hasta muy entrada la noche. Habló bien claro de como los judíos habían tratado a Jesús. Contó muchas cosas de lo que Él les había predicho de su Pasión y de su doctrina. Habló de su amor indecible, de su oración en el Huerto de los Olivos, y de la traición y la triste muerte de Judas. Sobre esto se mostraron muy afectados y tristes: habían conocido a Judas y aun lo estimaban, pues durante la vida de Jesús, había estado entre ellos y ayudado y hasta obrado milagros. Pedro no dejó de contar sus propios pecados; sus imprecaciones y sus negaciones. Derramó muchas lágrimas, y todos lloraban con él. Así se fue animando cada vez más, y contó como los judíos habían llegado al exceso de crueldad con el Señor. Declaró que había resucitado y se les había aparecido a él y a los demás, y pidió dieran los demás testimonio de haberlo visto y estado con Él. He visto que un centenar de ellos alzaron las manos y los dedos en testimonio. Tomás permaneció silencioso sin alzar la mano: no podía acabar de creerlo. Pedro pidió a los oyentes lo dejasen todo, siguiesen a los discípulos y se juntasen a la comunidad para ir en pos de Jesús. A los indecisos los invitó a Jerusalén, donde dividirían lo necesario entre ellos. Les dijo que no temieran a los judíos, pues ellos nada harían en contra porque estaban poseídos de temor. Todos estaban muy conmovidos y muchos se convirtieron. Querían que se quedasen por más tiempo los apóstoles entre ellos; pero Pedro les dijo que debían volver a Jerusalén.

Los apóstoles hicieron aquí muchas curaciones, inclusive de algunos lunáticos y endemoniados. Lo hacían como Jesús lo había dicho: soplando sobre ellos, imponiéndoles sus manos y aun extendiéndose sobre ellos. La mayoría eran enfermos a los cuales Jesús había dejado para más tarde cuando estuvo aquí la ultima vez. He visto a esta población muy encarnada con los apóstoles. Los discípulos no curaban enfermos;

pero ayudaban en llevar, traer, alzar y encaminar a los enfermos; especialmente Lucas, que era médico, se constituyó en enfermero de éstos.

A la Madre de Dios la veo en Betania, silenciosa, seria y triste, pero no como el común de las mujeres, sino de un modo conmovedor inexplicable. María Cleofás, que es extremadamente compasiva, se inclina muchas veces hacia María procurando darle consuelo: es la más semejante, en esto de consolar, a la Madre de Dios.

El dolor de la Magdalena no conoce limites; muestra su dolor y su amor sin medida; no puede estar sosegada. La veo salir a veces a la calle con los cabellos sueltos, y donde encuentra gente, en las casas y afuera, se lamenta de lo que han hecho con el Señor; y habla con vehemencia de su encuentro con Él y de su Resurrección. Cuando no encuentra gente, va por el jardín y el huerto, y se lamenta como si hablara con las plantas, las flores y las fuentes. Algunas veces veo que se reúnen hombres en torno de ella: muchos la compadecen; otros la desprecian por su vida pasada. No tiene crédito en las grandes reuniones, pues recuerdan su mala vida. He visto que su modo de ser y de manifestar su dolor por la muerte de Jesús, escandalizaba a varios judíos, que pensaron apoderarse de ella. Especialmente cinco de ellos trataron de realizarlo; pero ella no se cuidaba de ningún peligro y transitaba en medio de la gente sin pensar en otra cosa sino en su Jesús.

Marta, en cambio, sufrió y sufre aun por la dispersión de los apóstoles y por la Pasión y muerte del Señor: estaba como anonadada por el dolor, pero ayuda a todos y es compasiva con los necesitados. Alberga y da de comer a todos los dispersos, los cuida y los asiste. Le ayuda mucho Juana, la viuda de Chusa, procurador de Herodes. Simón el Cireneo está ahora con los discípulos en Betania: igualmente sus dos hijos. Simón era un buen hombre de Cirene, que solía venir a Jerusalén en los días santos. Aquí solía trabajar con varias familias conocidas, arreglando sus jardines y recortando los cercos de sus propiedades. De este modo comía ya en una ya en otra casa, pues era muy buscado por ser hombre callado y justo. Sus hijos estaban ya desde algún tiempo en el extranjero y frecuentaban las reuniones de los discípulos del Señor sin que su padre se hubiese
enterado.

En Jerusalén andaban por estos días los partidarios de los sacerdotes visitando las casas, cuyos dueños estaban o habían estado en relaciones con Jesús o con sus apóstoles, y los declaraban privados de sus empleos públicos y rompían relaciones con ellos. Ya Nicodemo y José de Arimatea no tenían relación con esos judíos desde la sepultura de Jesucristo. José de Arimatea había sido hasta entonces como un jefe de asamblea; por su modo de ser callado, servicial y emprendedor se había granjeado la estima hasta de los malos, que lo respetaban por su prudencia.

Me ha alegrado mucho ver que también el marido de Verónica ha cambiado de sentimientos y deja ahora en paz a su mujer, la cual le declaró que antes lo dejaría a él, su marido, que separarse de Jesús Crucificado. He visto que ahora ya no toma tanta parte en los asuntos públicos, aunque lo hace más bien para estar bien con su mujer que por amor a Jesús. Los judíos mandaron cubrir de obstáculos y cerrar los caminos y senderos que conducen al Calvario y al Sepulcro, porque veían que muchas piadosas personas peregrinaban a ese lugar y sucedían allí prodigios.

También Pilatos se ausentó de Jerusalén por inquietudes interiores que le acusaban. A Herodes lo veo ahora en Maqueronte, en busca de paz; pero tampoco allí se encontraba tranquilo e internábase hasta Madián. Aquí, los que un día no habían querido recibir al Señor, abrieron las puertas al malvado asesino de Juan Bautista.

En estos días veo a Jesús apareciéndose en diversos lugares, como en Galilea, en un valle junto al Bordan donde había una escuela. había allí muchas personas juntas que hablaban de lo que se decía de su resurrección y dudaban de ello. Entonces apareció Él en medio de ellas, habló algunas palabras y desapareció. De este modo apareció en varios lugares.

Los apóstoles volvieron de Sichar a Jerusalén y enviaron aviso a Betania anunciando su partida, e invitándolos a ir a Jerusalén para la festividad del Sábado. Otros debían celebrar el Sábado en Betania. tenían sobre esto establecido cierto orden. Los apóstoles van cruzando varias poblaciones, pero no se detienen en ninguna de ellas. Tadeo, Santiago el Menor y Eliud precedieron, en trajes de viajantes, a los demás en dirección de la casa de Juan Marcos, donde estaban María, la Madre de Jesús, y María Cleofás, las cuales se alegraron mucho y los recibieron como si hiciera mucho tiempo que no se veían. He visto que Santiago traía consigo un vestido sacerdotal, un manto, que las santas mujeres habían confeccionado en Betania para Pedro. Santiago lo depuso luego en el Cenáculo.

Los apóstoles llegaron tan tarde al Cenáculo, que no pudieron tomar parte en la comida preparada y comenzaron en seguida a festejar el Sábado. Se vistieron sus vestiduras de fiesta, después del lavado de los pies. Se encendió la lampara ritual, y noté entonces una variante en las ceremonias de los judíos. Se descorrió la cortina que ocultaba el Santísimo y se puso delante el asiento que Jesús había ocupado en la última Cena. Lo cubrieron con un tapete y pusieron sobre él los rollos de las Escrituras. Pedro se hincó delante; Juan y Santiago algo más atrás; los demás apóstoles detrás de ellos, y después los discípulos. Cuando se hincaban solían inclinar la cabeza hasta el suelo, teniendo las manos sobre su rostro. Se quitó el cobertor del cáliz; pero el lienzo blanco quedó sobre él. Asistían al acto sólo aquellos discípulos que estaban más enterados en los misterios del Santo Sacramento. Pedro, con Juan y Santiago a ambos lados, guió una meditación y oración conmemorando la institución del Santísimo Sacramento y la Pasión del Señor, y cada uno ofreció un sacrificio de su devoción en su interior. Después comenzaron las acostumbradas ceremonias del Sábado, bajo la lampara, que hacían de pie. Luego tomaron algún alimento en el vestíbulo. En la sala de la institución del Sacramento en la última Cena, no los he visto ya celebrar sus comidas, salvo un ágape de pan y vino. Jesús les había enseñado lo que añadieron a la celebración del Sábado, respecto del Sacramento.

La Santísima Virgen fue llevada por María Marcos a Jerusalén y la Verónica, que ahora va públicamente con María, la acompañó con Juana Chusa desde Betania a Jerusalén. La Virgen Santísima prefiere estar en Jerusalén, pues allí va sola, al oscurecer y por la noche, por el camino que anduvo Jesús en su Pasión; reza y medita en los lugares donde Jesús ha padecido o caído. No puede llegar a todos esos lugares, porque los judíos han puesto obstáculos para impedirlo, levantando barreras o cercando los senderos. María hace el *Vía Crucis* en casa o en lugar apartado, pues conserva en la memoria los pasos y lugares, y así hace, recorriendo mentalmente las estaciones, el camino del Calvario. Es

cosa cierta que la Virgen fue la primera que inicio esta práctica con la meditación de la Pasión y muerte de Cristo, práctica que se fue generalizando con el andar de los tiempos.

V

Segunda celebración y la Cena Eucarística. Tomás toca las llagas de Jesús

Después de la fiesta del Sábado, cuando los apóstoles dejaron sus vestiduras sacerdotales, tuvieron una comida importante en el vestíbulo. Era un ágape fraternal como el del pasado Domingo. Tomás debe haber celebrado el Sábado en otro lugar, pues he visto que llegó al término de la comida y entró en la sala del Cenáculo. No había oscurecido y la lámpara no estaba encendida en la sala. Algunos apóstoles estaban allí y otros entraban en ese momento. Iban y venían porque se revestían de sus largas vestiduras blancas y se disponían para la oración como la vez pasada. Pedro, Juan y Santiago ya se habían revestido.

Mientras se disponían para la oración vi entrar a Tomás. Cruzó la sala entre los ya revestidos y se dispuso a tomar sus vestiduras. Unos le hablaban; he visto que alguien le tomaba de las mangas; otros levantaban la mano en forma de juramento y de testimonio contra su incredulidad. Tomás se portaba como un hombre que esta apurado en revestirse, ya que no podía o no quería creer lo que los otros le aseguraban. En este momento entró un hombre con un delantal, que parecía un servidor de la casa, con una lámpara encendida en una mano y en la otra un bastón terminado en gancho, con el cual ensartó la gran lámpara del medio, la bajó a su alcance, la encendió y la volvió a subir; luego salió. Vi a María Santísima, a Magdalena y a otra mujer que se disponían a entrar en la sala. Pedro y Juan les salieron al encuentro. La otra mujer quedó en la antesala, abierta por el medio y una parte de las salas laterales. Las puertas del patio y las que daban a la calle estaban cerradas. En los espacios de la sala lateral había muchos discípulos de Jesús. Al entrar María Santísima y la Magdalena, cerraron las puertas y se dispusieron para la oración. Las santas mujeres permanecieron reverentes a los lados de la puerta, de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Los apóstoles oraron de nuevo hincados delante del Santísimo como primer acto; luego, debajo de la lampara, de pie, cantando salmos alternativamente, como en el coro. Pedro estaba de cara vuelto al Santísimo y Juan y Santiago el Menor a sus lados. Los demás apóstoles estaban alineados en torno de la lámpara a ambos lados. El espacio del medio que miraba al Santísimo estaba libre. Pedro tenía sus espaldas hacia la puerta. Detrás de ellos, más distantes, estaban las santas mujeres. Hubo una interrupción en la oración: parecía que ésta había terminado. Vi que hablaban como si quisieran ir hacia el Mar de Tiberíades y repartirse por los pueblos de esa región. De pronto se vieron sus rostros como esclarecidos y transformados por la presencia del Señor. Vi en ese momento al Señor, resplandeciente, venir por el patio. Llevaba vestidura blanca y cinturón de igual color. Se acercó a la puerta de la antesala, que se abrió y se volvió a cerrar detrás de Él. Los discípulos vieron como se abría la puerta y se apartaron dando lugar al Señor. Jesús avanzó rápidamente y se colocó junto a Pedro y a Juan, los cuales se retiraron, cediéndole el lugar del medio.

Su modo de caminar no era como el andar acostumbrado de los hombres ni tampoco de fantasma. Me recordó a un sacerdote que avanza sereno y grave en medio de los fieles, que están respetuosos a ambos lados y le dejan paso. De pronto todo era en la sala

brillante. Jesús estaba rodeado de resplandor. Los apóstoles se retiraron, pues, de otro modo, estando dentro de esa luz, no lo hubieran podido contemplar. Jesús dijo: "La paz sea con vosotros". Luego habló con Pedro y Juan. Me pareció que era una advertencia para ellos: habían hecho algo no conforme a lo mandado, sino por su voluntad; por eso no habían tenido éxito en lo que hicieron. Se refería a ciertas curaciones que habían intentado al regreso de Tenat-Silo y Sichar, donde no habían obrado todo según lo prescrito por el Señor, sino según sus propias ideas. Les dijo como debían hacer otra vez cuando volvieran. Después de esto se acercó a la lámpara y todos se agruparon en torno de Él. Tomás, muy avergonzado en la presencia del Señor, se había retirado algo más atrás. Jesús tomó con su mano derecha la mano derecha de Tomás e introdujo el dedo índice de Tomás en la llaga de su mano izquierda. Luego tomó la mano izquierda con su izquierda, introduciendo el dedo pulgar del apóstol en su llaga derecha. Después con su mano derecha volvió a tomar la derecha de Tomás y, sin descubrir su pecho, pasó la mano de Tomás debajo de su vestidura, introduciendo el dedo indice y el medio del apóstol en la llaga de su costado derecho. Dijo algunas palabras mientras hacia esto. Tomás cayó como desmayado y conmovido, mientras decía; "Mi Señor y mi Dios". Jesús retenía su mano derecha. Los presentes lo sostuvieron y Jesús lo levantó con su divina mano.

Esta caída y este levantamiento tenían su significado. Cuando Jesús tomo la mano de Tomas he visto las llagas del Señor, no como llagas sangrientas, sino como pequeños soles resplandecientes. Los demás discípulos estaban muy conmovidos por esta aparición del Señor y levantaban y estiraban sus cabezas para ver lo que el Señor hacia con Tomas. A la Virgen Santísima la vi durante esta acción como fuera de sí por el éxtasis, silenciosa y recogida. La Magdalena mostraba más su emoción, aunque menos exteriormente que los discípulos.

Jesús no desapareció en seguida: habló aun y pidió algo de comer como la primera vez. He visto de nuevo como sacaron del lugar donde estaba oculta la mesita, una puentecilla ovalada con un pez. Jesús comió del pez después de haberlo bendecido y dio parte de él mismo, primero a Tomás, luego a los demás. Jesús declaró por qué estaba en medio de ellos, que lo habían abandonado, y por qué no estaba siempre con aquéllos que le habían permanecido fieles. Explicó por qué había dicho a Pedro que confirmara a sus hermanos. Volviéndose a todos los presentes les dijo que quería dejarles a Pedro como jefe, aun cuando éste le había negado. Añadió que debía ser pastor del rebaño y habló del ardor de Pedro.

Juan trajo en sus brazos, desde el lugar del Santísimo, aquel manto bordado, amplio, a modo de capa pluvial, que Santiago había recibido de María, confeccionado en los últimos tiempos por las santas mujeres de Betania. Trajeron también un báculo imitando un bastón de pastor: era alto, hueco, esbelto y doblado en la parte superior como los báculos episcopales. El manto o capa era de color blanco, con anchas rayas rojas; tenia bordados de espigas, racimos de uvas y un cordero con otros adornos de distintos colores. La capa era amplia, larga hasta los pies y estaba sujeta por delante con una especie de escudo cuadrado de metal. Los lados de la capa tenían listas de color rojo y letras bordadas. Tenía una capucha blanca que podía alzarse para cubrir la cabeza.

Ahora veo a Pedro hincado, delante del Señor, que leí da un bocado redondo, como un panecillo; no vi que lo haya sacado de ningún plato o lugar de allí; el bocado brillaba.

Tengo la persuasión de que Pedro recibe en este momento una fuerza extraordinaria. Veo que sopla sobre él y le da con eso una fuerza, un poder, infundiéndole una potestad. No era en realidad un soplar sobre él: era algo real, existente, palabras y fuerza que pasaban de Jesús a Pedro por medio de las palabras. Veo que Jesús acerca su boca a la de Pedro y derrama en la boca y en los oídos de Pedro una fuerza, una potencia, que veo pasar del Señor a Pedro. No era todavía el Espíritu Santo, que vino sobre él en Pentecostés: era algo que pasaba a Pedro y que sería vivificado el día de Pentecostés.

Jesús le impuso también sus manos y le comunicó un poder sobre los demos. El mismo Señor le cubrió luego con el manto que sostenía Juan en sus brazos y le entrego el báculo. Dijo en esta ocasión que ese manto debía mantener toda la fuerza que Él le había comunicado y que debía llevarlo todas las veces que convenía hacer uso de la potestad que le había comunicado. Jesús les habló de otro gran bautismo, cuando Él les mandase el Espíritu Santo; y añadió que Pedro daría a los demás, ocho días después, la potestad que Él le había dado ahora a Pedro sólo. Ordenó además que algunos dejaran las vestiduras blancas y usaran otras de diversas formas con un escudo en medio y que otros usaran de nuevo la vestidura blanca. Eran indicaciones de diversos grados, consagraciones y órdenes que debían ejercer entre ellos. Después Jesús les dijo a los discípulos que se dispusieran en siete grupos y a la cabeza de cada grupo puso a un apóstol. Santiago el Menor y Tomás debían permanecer junto a Pedro. Se ordenaron según mandó Jesús. Parecía que debían ser como siete comunidades, siete iglesias. Jesús dijo también a Pedro que fuera al mar de Galilea a pescar.

Pedro dirigió la palabra a los demás en su nueva dignidad. Parecía transformado en otro hombre, lleno de potestad y de fuerza. Ellos escucharon sus palabras, muy conmovidos, entre lágrimas. Pedro los consoló y recordó muchas cosas que Jesús había predicho y que se realizaban entonces. Recuerdo que dijo, entre otras cosas, que Jesús sostuvo durante diez y ocho horas los desprecios y las villanías de todo el mundo. También dijo lo que faltaba para que se cumplieran los treinta y cuatro años de la vida de Jesús. Cuando Pedro comenzó a hablar, Jesús ya había desaparecido. Ninguna maravilla, ninguna extrañeza interrumpió las palabras de Pedro en su discurso, pues aparecía ahora con una fuerza y con un poder renovados. Cantaron unos sanos de acción de gracias. No he visto que Jesús haya hablado con su Madre ni con Magdalena en esta ocasión.

VI

Jesús aparece a sus apóstoles en el mar de Galilea

Antes que se dirigieran los apóstoles al mar de Galilea, los veo recorrer el camino del Calvario. De aquí se dirigen a Betania, donde toman a varios discípulos. Hacen el camino hacia el mar de Galilea en diversos grupos. Pedro marcha en compaginan de Juan, Santiago el Mayor, Tadeo, Natanael, Juan Marcos y Silas: son siete hombres los que se encaminan a Galilea. Dejan Samaria a su izquierda. Van por caminos que no entran en los poblados. Llegados a Tiberíades se recogen en el edificio de una pesquería que Pedro había alquilado y cuida un viudo con dos hijos. Comieron con el cuidador y oí a Pedro decir que en tres años no había estado pescando en ese lugar. Usaron dos naves: una grande, en buen estado; otra mas pequeña. Dejaron a Pedro la nave mayor, que ocupó con Natanael, Tomás y un criado del pescador. En la otra nave entraron Juan, Santiago, Juan Marcos y Silas. Pedro no permitió que otro remara: lo hizo él mismo. Aun cuando había sido distinguido por Jesús con tan alta dignidad, era muy humilde y modesto en el trato, especialmente con Natanael, hombre fino y culto. Estuvieron toda la noche pescando, echando las redes, ya de un lado, ya de otro, siempre en vano: no pescaron nada durante toda la noche que estuvieron trabajando a la luz de las antorchas. A veces rezaban o cantaban salmos. Hacia la mañana, cuando comenzaba la aurora, acercaron las naves a la orilla, donde el Jordán desaguaba hacia el Oriente y estaban a punto de echar el ancla, cansados del trabajo nocturno.

Se habían quitado parte de los vestidos para la pesca y estaban a punto de ponerse de nuevo vestidos para para descansar, cuando vieron en la orilla surgir una figura de entre los juncos. Era Jesús, que les gritó: "Hijos ¿tenéis un companage?" Ellos contestaron: "No, Señor". Entonces les dijo el Señor que echaran las redes al Oeste de la nave de Pedro. Para hacerlo así tuvo Juan que navegar con su nave a la otra parte de la nave de Pedro. Como luego sintieran las redes tan cargadas de paces, Juan reconoció a Jesús y gritó a Pedro, "Es el Señor". Entonces Pedro se puso rápidamente un vestido más, se arrojó a las aguas y marchó hacia Jesús a través de los juncos de la orilla. Juan, entre tanto, subió a un bote pequeño, sujeto a su nave. Cada nave tenía dos de estos botes a los lados, que servían para acercarse a la orilla donde había poca profundidad; eran botes tan pequeños que no cabía en ellos mas que un hombre.

VII

Las almas de los Patriarcas en torno de Jesús

Mientras estaban los apóstoles ocupados en la pesca, he visto a Jesús rodeado de muchas almas de los Patriarcas, que había Él librado del limbo (seno de Abrahán). También le rodeaban muchas almas libradas de lugares, cavernas, pantanos y desiertos donde estaban relegadas. Las veía venir desde el valle de Josafat. Durante todo el tiempo que Jesús no está con los apóstoles, lo veo rodeado de las almas de estos antepasados, especialmente de los que pertenecen a su genealogía, desde Adán y Eva hasta Noé, Abrahán, los otros Patriarcas y todos sus descendientes. Va Jesús con ellos, indicándoles todos los lugares y enseñándoles todo lo que Él ha hecho y padecido por ellos. Ellos se sienten consolados y purificados al mismo tiempo y llenos de gratitud. Les enseñó los misterios del Nuevo Testamento, por los cuales ellos se ven ahora libres de sus encierros. Lo veo andar con esas almas por Nazaret, en la gruta de Belén y en todos los lugares donde sucedieron misterios de la Redención. Se puede distinguir en estas almas, por cierta fuerza en unos y cierta debilidad o delicadeza en otras, si informaron a hombres o mujeres. A mi se me representan vestidas de largos hábitos brillantes: parecería que sus vestiduras se arrastraran detrás, más largas, en muchos pliegues. Aparecen en ellos los cabellos, no como tales, sino como rayos de cierta significación y reconozco este brillo aun en las barbas de los santos. Sin señales exteriores, yo distingo a los reyes, y especialmente a los sacerdotes que han tenido relación con el Arca de la Alianza, desde Moisés en adelante. A estas almas las veo cernirse y flotar en torno de Jesús, de modo que también aquí hay orden perfecto: flotan y se mueven sosegada y noblemente; tienen su modo de andar, no del que toca la tierra, sino del que apenas roza el suelo.

Vi a Jesús venir en compañía de estas almas cuando los apóstoles estaban pescando. Había allí un vallado con una especie de hoyo cubierto por una techumbre donde conservaban un hogar, quizás para uso de los pastores. Yo no he visto que el Señor encendiese el fuego, ni que preparase el pescado, ni que los hubiera tomado de algún lugar. El fuego para el hogar, el pescado y todo lo necesario aparecieron en presencia de los Patriarcas donde el Señor quería: de qué modo, no lo puedo decir. Jesús pensó tener eso y todo apareció allí.

Las almas de estos antepasados tuvieron una parte en el pescado y en su preparación. Lo relacionó Jesús con la Iglesia militante y las almas de la Iglesia purgante. Estas almas quedaron en esta comida como incorporadas, aun exteriormente, con la Iglesia. Jesús, al comer de este pescado, dio a los apóstoles el significado de la unión de la Iglesia purgante con la militante. Jonás, dentro del pez, significa a Cristo en el interior de la tierra, en el mundo inferior.

Delante de una choza había un tirante de madera que sirvió de mesa.

Mientras yo miraba estas escenas de las almas de los Patriarcas, Jesús había llegado cerca del mar. Pedro no nadaba; caminaba por entre los juncos; el agua no era profunda y yo veía el fondo. Ya cerca de Jesús, llegaba Juan a la orilla, y los de la nave gritaron a

los de la orilla que les ayudasen a tirar las redes a tierra. Jesús mando a Pedro que trajera los pescados. Tiraron de las redes a la orilla y Pedro sacaba los peces y los echaba a la orilla. Eran 153 peces de varias clases. Este numero indicaba los nuevos convertidos ganados en Thebez. Había varias personas de los pescadores de Tiberíades que quedaron en las naves a la custodia de los peces. Los apóstoles, en cambio, se retiraron con Jesús a la choza, para comer conforme les había indicado Jesús. Allí no he visto más a las almas de los antiguos Patriarcas. Los apóstoles estaban muy admirados al ver el fuego pronto y un pescado encima de las brasas, sabiendo que no era de los recién pescados. Había también tortas tostadas de harina y miel. Los apóstoles se acercaron al tirante y Jesús servía. He visto cómo daba a cada uno sobre el pan un trozo de pescado del sartén y como el pescado no disminuía. Dio también a cada uno de las tortas de miel. Luego se sentó y comió con ellos. Todo esto transcurrió con cierta solemnidad y en silencio. Tomás era el tercero de los que tuvieron en la nave un sentimiento de la presencia de Jesús. Todos estaban como cohibidos, con temor reverencial, porque Jesús aparecía ahora en forma más espiritual que antes, y la comida misma y este intervalo tenían algo de sobrenatural que les impedía la familiaridad de antes. Nadie se atrevió a preguntar nada y todo procedió en silencio, con admiración y conmoción sobrenatural. Jesús apareció más espiritualizado y no se veía la impresión de sus llagas.

Después de la comida he visto a Jesús caminando por la orilla del mar con ellos y preguntar a Pedro con cierta solemnidad: "Simón, hijo de Jonás, ¿Me amas tú más que éstos?" Pedro respondió con temor: "Señor, Tú sabes que te amo". Díjole Jesús: "Apacienta mis corderos". En ese momento vi una imagen de la Iglesia y del supremo Obispo: como él enseñaba y guiaba; vi bautizar y lavar simbólicamente a los tiernos corderitos. Mientras caminaba Jesús a veces se detenían y se le acercaban los demás. Después de una pausa pregunto nuevamente a Pedro: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas tú?" Pedro, cohibido y recordando sus negaciones, le contestó muy humildemente: "Si, Señor; Tú sabes que te amo". Jesús le dijo otra vez con solemnidad: "Apacienta mis ovejas". De nuevo tuve una visión de la Iglesia, ya crecida y de las persecuciones, y cómo el Supremo Obispo reunía, guiaba, custodiaba a los fieles y les enviaba otros pastores.

Después de otra pausa, cuando habían dado unos pasos, preguntó Jesús nuevamente: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas tú?". Pedro se entristeció, porque pensó que Jesús no creía en sus palabras y porque recordó también su triple negación, y así respondió: "Señor, Tú lo sabes todo. Tú sabes que te amo". Yo entendí entonces lo que Juan pensó: "Oh, qué amor tiene Jesús y qué amor debe tener un Pastor de almas, puesto que Pedro, a quien entrega el rebaño, es preguntado tres veces sobre el amor". Jesús le dijo de nuevo: "Apacienta mis ovejas". Luego añadió: "En verdad te digo: cuando eras joven te ceñías tu mismo e ibas donde querías; cuando seas viejo, otro te atará, mientras tu abres los brazos, y te llevará adonde no quisieras ir por ti mismo. Sígueme".

Entonces Jesús se volvió para proseguir su camino y Juan fue con Él; el Señor habló con él solo algo que yo no pude oír:. He visto, en cambio, que mirando Pedro a Juan e indicándoselo al Señor, pregunto: "Señor, ¿qué sera de éste?" Jesús le contestó, reprendiendo su curiosidad: "Si Yo quiero que él permanezca hasta que Yo venga qué te importa a ti de ello? Tú sígueme".Se volvió Jesús y siguieron caminando.

Cuando Jesús dijo por tres veces a Pedro: "Apacienta mis ovejas", y que lo atarían y lo llevarían cuando fuera anciano, tuve uno visión del progreso de la Iglesia y vi a Pedro en Roma, cuando lo ataban para crucificarlo. Vi también los martirios de los santos mártires. Pedro tuvo una visión de su futuro martirio y de los futuros padecimientos de Juan. Pero cuando vio Pedro a Juan junto a Jesús, sabiendo cuánto este apóstol amaba al Señor, pensó: "No deberá también éste ser crucificado?" Jesús le respondió con una reprensión.
En este momento tuve una visión de la muerte de Juan en Éfeso: he visto como él mismo se colocó en el sepulcro y cómo hablaba con sus discípulos, y luego murió. Pero su cuerpo después de su muerte no lo he visto quedar en la tierra, sino ser llevado a una región resplandeciente, entre el Oriente y el Mediodía; allí vi como que recibía algo de lo alto y lo daba a la tierra. Comprendí también que algunos entenderían falsamente estas palabras, y pensarían; "Yo quiero que así permanezca", o si no: "Sí, Yo quiero que él así permanezca". Pero debe entenderse así: "Si Yo quiero, que él permanezca". Los demás, que habían oído las palabras, pensaron que Juan no había de morir; pero en realidad ha muerto. Tuve en ese momento una visión de su muerte y de su futuro destino y del lugar de su permanencia.

Jesús anduvo todavía algún tiempo con los apóstoles y les dijo lo que debían hacer. Después desapareció al Oriente del mar hacia Gergesa. Los apóstoles se dirigieron entonces hacia Tiberíades, sin volver al lugar donde Jesús les dio de comer. De los peces que Jesús les hizo pescar, ninguno fue usado para comer ellos. Cuando Jesús les dijo que trajeran los pescados, Pedro los sacaba de las redes y los echaba a los pies del Maestro, donde fueron contados. Esto era un reconocimiento de que los pescados no habían sido fruto de sus industrias, sino por Jesús, para Jesús y en Jesús. Cuando los peces estuvieron echados en la orilla, Jesús les dijo: "Venid, comed". Los llevo a través de la colina, desde donde no se podía ver el mar y donde había una choza con el hogar preparado. Jesús no se puso al principio a la mesa sino que fue al sartén y trajo un trozo de pescado para cada uno, que puso sobre el pan. He visto que bendijo las porciones, las cuales resplandecían. Las tortas de miel estaban preparadas y amontonadas unas sobre otras. Jesús las repartió y, cuando hubo terminado, se puso también Él a la mesa. Había allí un solo pescado, pero más grande que los que habían sacado. En esta comida hay un misterio. La presencia de las almas de los Patriarcas y de otras almas de difuntos y su parte en la preparación de la comida, y luego la misión de Pedro: todo esto me dio la persuasión de que se le daba a Pedro, en esta comida, y su preparación, en modo espiritual, el poder y la potestad sobre la Iglesia purgante, que se incorporaba entonces a la militante, sujetándose a ella y al poder de Pedro. No puedo declarar en qué forma; pero tuve una visión en ese momento de esta sujeción; y por eso habló Jesús profetizando la muerte de Pedro y la suerte futura de Juan.

Jesús fue andando con las almas de los Padres por la región donde había echado a los demonios en los cerdos y libró a otras almas detenidas en esos lugares oscuros y llenos de tinieblas. Aquí hubo siempre endemoniados en gran numero: se había dado muerte a muchos inocentes que estaban allí ahora por decreto de la justicia de Dios.

VIII

Jesús con las almas de los Padres en el Paraíso Terrenal

Jesús se dirigió con las almas al Paraíso terrenal, que vi esta vez más hermoso y espléndido que nunca. Lo vi más claramente que otras veces. Les mostró todo lo que nuestros padres habían perdido con la primera culpa, y la dicha de esta caída por la Redención que Jesús les ofrecía. He visto cómo éstas almas habían deseado la redención y la esperaban, ignorando cómo se realizaría: en general esto había quedado oculto a los hombres en la tierra. Jesús iba con estas almas y les enseñaba todo esto conforme a lo que podían ellas entender, tal como lo hacía en esta tierra con los apóstoles y discípulos. Entendí nuevamente, por las palabras de Jesús, que el hombre ha sido creado para llenar las vacíos que dejaron los ángeles caídos, para llenar los coros de los espíritus rebeldes en el cielo. Sin la culpa de origen, la humanidad se hubiese propagado sólo hasta completar el número de los ángeles caídos: entonces la humanidad hubiera tenido su término. Con la culpa se introdujo una propagación humana dispersa, corrupta en su propia voluntad, y se mezcló con impureza, con tiniebla y desorden de concupiscencia. Por eso, la muerte es una consecuencia y un castigo, y también un bien para el hombre. En cuanto a lo que se dice del fin del mundo, esto es cierto que no acabará mientras no sea recogido todo el trigo de entre la paja. Con ese trigo escogido se llenarán los vacíos de los ángeles caídos.

He visto también a Jesús con las almas en muchos lugares donde hubo batallas, declarándoles todo lo que conducía a la salvación y a la redención. Mientras Jesús les decía estas cosas, yo veía esas batallas y todo lo acontecido allí, cómo si sucediese en ese momento. Creo que también las almas veían todo eso como yo lo veía.

En todo este viaje con las almas no he visto que aparecieran a nadie ni asustaran con su presencia. Era un caminar o un flotar sobre los lugares en modo espiritual, alegrando de paso toda la naturaleza. Jesús fue también con los Padres a los lugares donde los apóstoles debían predicar el Evangelio y con su presencia bendecía esos parajes. Así recorrió toda la naturaleza.

IX

Pedro y los apóstoles después de la pesca milagrosa

Cuando Pedro con los tres apóstoles y los tres discípulos llegó hacia el mediodía a casa de Aminadab, el pescador que había recibido la pesquería de Pedro hacía ya desde dos años, tomaron su alimento. Pedro contó el milagro de la pesca y aparición de Jesús; habló de la comida con Él y exhortó a los oyentes a dejarlo todo y seguir a Jesús. El viejo pescador, oyendo estas cosas y viendo la nave llena de peces, y oyendo la narración de las maravillas que contaban sus dos hijos que habían estado presentes, se resolvió también él a dejarlo todo y seguir a los apóstoles. Los peces fueron repartidos a los pobres del lugar. El viejo pescador dejó la pesquería a otro hombre y con sus dos hijos, Isaac y Josafat, siguió la misma noche tras los apóstoles. Lo veo caminando hacia el Occidente del lago y adentrarse en el país. Las intenciones del viejo pescador no eran del todo puras: pensaba que al dejar su poco haber podría más tarde llegar a ser algo más. A la mañana siguiente llegaron los apóstoles a una sinagoga bastante capaz en el término medio de dos poblaciones. Se levantaba aislada en la comarca y tenía en torno edificaciones para albergue. Encontraron aquí reunidos a muchos discípulos, a los cuales narraron el milagro de la pesca, la cena con Jesús y las palabras y hechos de esa aparición.

Pedro enseñó en esta escuela sobre la pesca milagrosa y el seguimiento de Jesús. Se había reunido mucha gente, inclusive enfermos y endemoniados. Sólo Pedro sanaba en nombre de Jesús: los otros apóstoles ayudaban a los enfermos o enseñaban la doctrina. Todos eran gente buena y deseosa de oír la doctrina de Jesús. Pedro habló de los dolores de Jesús, de su Pasión, muerte y resurrección. Les dijo que lo habían visto en varias apariciones y los exhortó a seguir a Jesús. Los oyentes estaban muy conmovidos. Pedro ya no parece el mismo de antes; desde las últimas apariciones se lo ve muy distinto: está lleno de entusiasmo, de celo, de mansedumbre y de bondad. Llegó a conmover de tal manera los corazones de estos hombres, que todos querían dejarlo todo y seguir a los apóstoles. Tuvo que decirles a muchos que no lo hicieran y volvieran a sus hogares.

X

Jesús aparece a quinientos discípulos

Desde este lugar, que está a algunas horas al Sur de Tiberíades, se dirigió Pedro con los demás y mucho pueblo hacia el Oeste, a un lugar elevado que tenía por el Norte un valle muy fértil, que en invierno se cubre de pasto verde, pues esta cruzado por un arroyo que con los calores de verano se suele secar. A veces el valle se inunda por las lluvias y las aguas que caen de los montes vecinos. Se detuvieron en una montana aislada que tenía casas alrededor y huertas y jardines esparcidos por las colinas. A la altura donde llegaron, llevan cinco caminos y en la cima hay un espacio bastante grande como para pasear cómodamente un centenar de personas. Se goza desde allí de una espléndida vista, con el mar de Galilea y sus alrededores. No lejos de aquí está el monte donde Jesús multiplicó los panes; en estas cercanías fue donde Jesús pronunció el sermón de la montaña. E1 pozo de Cafarnaúm esta situado al pie de esta comarca.

Se encontraban aquí también los otros apóstoles, muchos discípulos y las santas mujeres, menos la Madre de Dios y la Verónica. También estaban la mujer y la hija de Pedro. Las mujeres de Andrés y Mateo habían venido desde Betsaida. Había además muchas otras personas. Los apóstoles y los discípulos sabían que debían reunirse aquí. Se distribuyeron algunos bajo techumbres y otros al aire libre. Pedro contó a los demás apóstoles y a las mujeres el prodigio de la pesca y se juntó con los demás en la montaña, donde la muchedumbre había sido ordenada por los discípulos. En la montaña había un lugar más hondo y en esta hondura se levantaba una columna adonde se podía subir para enseñar desde allí como sobre un púlpito. Esta hondura tenía alrededor como gradas en círculo, desde las cuales se podía ver y oír al predicador. Pedro repartió en cinco grupos a los oyentes, conforme a los cinco caminos que llevaban a la montaña y a cada grupo señaló un apóstol para que instruyera, ya que a él no le podían oír todos. Pedro ocupó la cátedra cubierta de musgo y los oyentes se dispusieron en torno de él. Predicó sobre la Pasión del Señor y su Resurrección; sobre las apariciones de Jesús y a necesidad de seguir su doctrina.

He visto a Jesús venir por el mismo lado por donde Pedro había subido la montaña. Las santas mujeres que estaban en la falda de la montaña se echaron de rodillas a sus pies. Él les dijo de paso pocas palabras. Cuando Jesús pasó entre la muchedumbre, resplandecía, y algunos se estremecieron y temieron: éstos no permanecieron fieles. Jesús se adelantó al medio, donde estaba Pedro en la columna, y hablo de dejarlo todo, de seguirle a Él y de las persecuciones que sufrirían por causa de su nombre. Cuando oyeron estas cosas, unos doscientos de los presentes dejaron la montaña y se fueron. Cuando éstos se hubieron ido, dijo el Señor que no había hablado sino mansamente, para no escandalizar a los débiles. Ahora, en cambio, habló seriamente de las penas y persecuciones que sufrirían los que le siguen en la tierra y del gran premio que tendrán en el cielo. Dijo estas cosas a los apóstoles y discípulos, como ya había hablado en la última enseñanza que impartió en el templo. Les ordenó lo siguiente: que se quedasen en Jerusalén y cuando les hubiese mandado el Espíritu Santo, bautizasen en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y tratasen de fundar en seguida una comunidad. Luego les indicó como debían repartirse para predicar y fundar

comunidades en otras partes; reunirse para partir de nuevo; y que finalmente serian martirizados, dando testimonio con su sangre.

Mientras hablaba Jesús, he visto que las almas de los Patriarcas estaban allí, pero invisibles para los demás. Jesús desapareció de su vista en medio de ellos como se apaga una luz; muchos se echaron a sus pies con el rostro en tierra. Pedro siguió predicando y luego oraron. Esta fue la principal de las apariciones en Galilea, donde Jesús enseño y mostró a todos su Resurrección. Las otras apariciones fueron todas más en particular y a menos personas.

A Pedro, Tadeo, Andrés y Santiago el Menor los he visto después en otro lugar, donde curaron enfermos a los cuales no habían podido sanar antes cuando estuvieron en Sichar. Su falta estaba en que habían obrado esa vez, no en humildad, como quienes dan lo que habían recibido de Jesús, sino con cierta ostentación y el intento de imitar la dignidad del Señor: por esta razón no pudieron conseguir lo que deseaban. Ahora los veo hacer un gran acto de humildad que me conmovió: se hincaron y les pidieron perdón por no haberles podido ayudar la vez pasada. Todos estos enfermos sanaron de sus males. había aquí gente que había venido hasta de Kedar. Los sanados quisieron acompañar a los apóstoles hasta Betania para celebrar allí el Sábado.

XI

Cena en Betania y en el Cenáculo

He visto a los apóstoles en Betania. Habían acudido unos trescientos creyentes entre los hombres y unas cincuenta mujeres que habían dado sus bienes a la comunidad. María Santísima había venido de Jerusalén y se hospedaba en la casa de Marta y Magdalena en Betania. Se preparó un ágape solemne, partiendo el pan y pasando las copas, en el corredor abierto de la casa de Lázaro. Pedro enseñó ante una gran muchedumbre. Había espiás entre los oyentes. Cuando Pedro les decía que debían dejarlo todo y venir con ellos, que les daría lo que necesitaran, se reían los espiás y se burlaban, diciendo que él mismo nada tenía, pues era un pobre pescador que en lugar de mantener a su mujer vagaba de un lado a otro. Pedro predicaba más por orden de Jesús que por su propia voluntad y celo interior. Esto lo consiguieron después de Pentecostés, con el Espíritu Santo.

Pedro solía predicar el sólo. Cuando había mucha gente, que no le podía oír, entonces señalaba a otros lo que debían enseñar a los oyentes. Desde que fue revestido con el manto por Jesús y después de haber comido el pescado milagroso, Pedro no era el mismo de antes. Mostraba otra fuerza, otra virtud que había recibido. Todos lo reconocieron como jefe, como boca y mano de la nueva comunidad y como su cabeza. Yo tuve la certeza, en la profecía de Jesús sobre la muerte de Pedro y el futuro de Juan, en el lago de Galilea, cuando le dijo: "Apacienta mis corderos", como si Pedro hiciera eso en todos sus sucesores, cuidando y guiando el rebaño por los pastos mejores hasta el fin de los tiempos, mientras Juan debía permanecer en las fuentes de las aguas que debían refrescar a las ovejas del rebaño, Me parece explicarlo diciendo que el trabajo de Pedro pertenece más al tiempo y al orden exterior, que pasaría a sus sucesores; y que la influencia de Juan debía ser más en lo interior, en el celo y en el envió de mensajeros llenos de entusiasmo. Pedro es la roca, el edificio, y Juan debía ser el correr, una nube, una tempestad, un hijo del trueno y un mensaje de la voz. Pedro debía ser la caja y el encoraje del arpa; Juan debía ser como el sonido y el viento a través de las cuerdas. No puedo expresar mejor la intima persuasivo que tuve de todo esto.

XII

Destrozos y obstáculos en los lugares sagrados

De Jerusalén han venido a Betania unos cincuenta soldados de la misma clase de los que habían prendido a Jesús en el Huerto de los Olivos. Pertenecían a la guardia del templo y a los sumos sacerdotes. Empleados del Sanedrín también aparecieron en la casa consistorial de Betania, los cuales citaron a los apóstoles. Pedro, Tomás y Juan comparecieron y contestaron con valor a las acusaciones de que tenían reuniones y promovían desordenes en todas partes. He visto soldados que rodeaban la casa de Lázaro. Los empleados de Jerusalén celebraron la audiencia en público delante de la casa consistorial; pero los jefes de Betania contradijeron sus afirmaciones diciéndoles que si tenían algo contra esos hombres se los llevasen presos: de otro modo no promoviesen desordenes en la ciudad con la fuerza publica. Pedro, para evitar mayores males, despidió a ciento veintitrés de los fieles creyentes diciéndoles se buscasen albergues en los lugares más cercanos, ya que tenían todo en común. Las cincuenta mujeres se dividieron en grupos, recluyéndose en diversas comunidades. Pedro citó a todos en Betania para el día de la Ascensión del Señor.

Los apóstoles se dirigieron de Betania al Cenáculo de Jerusalén donde, bajo la lámpara, oraron delante del Santísimo. Había entre ellos siete discípulos. No pudieron llegar caminando por el lado de la ciudad al Cené culo: el camino había sido cortado en esa dirección; tuvieron que hacer un rodeo y llegar por el mismo camino que Pedro y Juan tomaron el Jueves santo para llegar al Cenáculo. Había en los alrededores muchos albergues para forasteros y los verdaderos judíos no tenían alli sus habitaciones. Estos judíos contrarios habían declarado cesantes en sus empleos a los creyentes que seguían a Jesús y se juntaban con los discípulos y apóstoles. Ahora habían cavado fosos para impedir el paso a los lugares donde Jesús había caído o sufrido, camino del Calvario. También habían hecho levantar paredes donde vivían y frecuentaban los discípulos. Me admiraba de verlos andar por una calle y de pronto encontrarse encerrados y tener que volver a desandar el camino hecho. He visto que los amigos de Jesús iban de noche y abrían los caminos que los judíos habían cerrado de día. También destrozaron todos los lugares que eran mayormente sagrados para los creyentes, por haber Jesús obrado algún milagro o padecido y enseñado. Los lugares por donde Jesús había andado con sus discípulos, enseñando, sanando, o donde se había detenido, fueron devastados, poniendo obstáculos en el camino o cerrándolos con cercos.

En algunos sitios hasta llegaron a poner trampas con fosos disimulados para que los creyentes piadosos cayeran adentro. He visto que Dios permitió que malos judíos cayeran adentro. El monte Calvario fue obstruido con cercos y árboles atravesados en el camino, para hacer intransitable el sendero que llevaba hasta él. Su cima fue destruida e igualada, y la tierra, sacada de allí, desparramada entre los cinco montículos cubiertos de pasto que formaban la altura del mismo obstruyendo ahora los senderos. Mientras sacaban la tierra del monte para desparramarla, he visto que quedó una piedra blanca que tenía un hozo donde estuvo plantada la cruz. He visto que trabajaron mucho para sacarla de allí: usaron palancas y todos los medios para desarraigara; pero la piedra se

hundía cada vez más en el hoyo que tenía un codo de hondo. Entonces echaron tierra encima.

No tocaron el sepulcro, porque era propiedad de Nicodemo. La cabeza de Cristo, en su sepultura, daba hacia el Oriente. Si al mediodía se salía del sepulcro se tenía el sol sobre sí y a la derecha el Occidente. Tuve la persuasión de que seré juzgados como los enemigos de la sangre de Jesucristo todos aquéllos que destruyen las cruces de los caminos, capillas, iglesias, oratorios antiguos, como también las antiguas cristianas costumbres y todo lo que especialmente mira a la historia de la Redención, como ser edificios sagrados, cuadros, Escrituras, costumbres, fiestas, plegarias, etcétera.

XIII

Grandeza y dignidad de la Virgen Santísima

La tarde del día siguiente vi a todos los apóstoles, con veinte discípulos, orando bajo la lámpara en la sala del Cenáculo. Estaban presentes la Virgen María, las santas mujeres, Lázaro, Nicodemo, José de Arimatea y Obed. Terminada la oración, el apóstol Juan habló a los apóstoles, y Pedro a los discípulos. Hablaron ambos de una manera misteriosa acerca de sus relaciones con la Madre de Dios y lo que Ella debe ser para ellos. Mientras duraba esta enseñanza de ambos apóstoles, que hicieron por orden de Jesús, he visto a la bienaventurada Virgen con un manto luminoso y amplio. Con ese manto los cubría a todos, mientras se cernía sobre los presentes y recibía del cielo abierto, donde se veía la Santa Trinidad, una corona sobre su cabeza. A la Virgen no la he visto en persona durante este tiempo, aunque había estado rezando fuera de la sala. Recibí la intima persuasión de que María era la cabeza verdadera de esa comunidad, su templo y su todo. Creo que fue una representación para los apóstoles y una aclaración de lo que María debía ser en lo futuro en la Iglesia, según la voluntad de Dios.

Hacia las nueve vi una comida en el vestíbulo. Todos los presentes tenían vestidos de fiesta y la Virgen los de su boda. Durante la oración, en cambio, estaba con un manto blanco y el velo. Esta vez vi a María entre Pedro y Juan, sentada a la mesa, teniendo la puerta al frente y el patio a las espaldas. Las demás mujeres y los discípulos estaban a la derecha e izquierda en sendas mesas. Nicodemo y José de Arimatea servían. Pedro cortó el cordero de la misma manera como lo había cortado el Señor en la última Cena. Al final de esta cena hubo un partir del pan y pasar de las copas, pero se trataba de pan y vino bendecidos, no consagrados. Después vi a María Santísima con los apóstoles en la sala; ella estaba en medio de Pedro y de Juan, debajo de la lámpara. Rezaron de rodillas delante del Santísimo descubierto. Cuando hubo pasado la medianoche vi que María recibía la comunión de manos de Pedro, hincada delante del Santísimo. Pedro traía el Sacramento consagrado por Jesús sobre un platillo que cubría el cáliz. En ese momento he visto que Jesús se le aparecía a Ella, aunque los demás no lo veían. María estaba rodeada de luz y resplandor. Oraron largo tiempo. A los demás apóstoles los he visto muy reverentes con la persona de la Virgen Santísima.

María se retiró luego a una pequeña casita, a la derecha de la entrada al patio del Cenáculo, donde tenia su habitación. Dentro ya, oí que cantaba el *Magníficat*, el canto del *Benedictie* de los tres jóvenes en el horno de Babilonia y el salmo 130; rezó todo esto de pie. El día empezó a clarear cuando Jesús entró a puertas cerradas. Habló largo tiempo con María; díjole que asistiese a los apóstoles y lo que Ella debía ser para ellos. Diole potestad sobre toda la Iglesia; le dio su misma fuerza y potestad, su protección: era como si Él mismo le diese su luz y la penetrase toda con su Persona. No lo puede decir de otro modo.

Los discípulos hicieron una especie de corredor con telas y alfombras desde el patio al Cenáculo, para que pudiera la Virgen ir desde su habitación al lugar del Santísimo y al coro donde cantaban y rezaban los apóstoles. Juan habita cerca de la celda de la Virgen. Cuando Jesús se le apareció en su celda, he visto que rodeaba su cabeza una corona de

estrellas; lo mismo he visto cuando recibía la comunión. Tuve el conocimiento de que todas las veces que comulgaba María, permanecían las especies sacramentales de una comunión a la otra, de modo que siempre adoraba a Jesucristo presente sacramentalmente en su corazón.

Durante la persecución, después de haber sido apedreado. San Esteban, hubo un tiempo en que los apóstoles no pudieron. consagrar. Pero la Iglesia no quedó sin el Santo Sacramento, pues estaba vivo en el tabernáculo de la beatísima Virgen María. Entendí también que esta gracia singular era propia sólo de María Virgen Santísima.

XIV

Crecimiento de la comunidad

El número de los creyentes iba siempre aumentando. Muchas gentes venían desde la Galilea con sus asnos y sus equipajes y había continuo trabajo para acomodar a los recién venidos. Venían generalmente primero al albergue de los apóstoles en Betania, donde siempre vivían algunos discípulos que se turnaban para dar informaciones y consejos a los recién llegados Por medio de estos discípulos eran dirigidos a Lázaro que tenía muchas posesiones. En Jerusalén, en las cercanías del monte Sión, vivían muchos judíos pobres que habitaban antiguos muros y ruinas. En los contornos veía pacer bastantes asnos. Algunos extranjeros, que venían para las fiestas, solían tener allí sus albergues. Cerca del Cenáculo había un antiguo edificio, bastante grande, aunque ruinoso, sobre el monte Sión, que un día fue famoso (castillo de David), donde se halló refugio para mucha gente, que vivía en chozas o en casas pegadas a los muros. He visto que sobre gruesos muros, debajo de los cuales había gentes se extendían tiendas con tapices y alfombras para improvisar habitaciones.

Los caldeos de Sikdor, que habían venido a ver a Jesús y que Él había enviado al régulo de Cafarnaúm y de allí iban vuelto a sus tierras, llegaron ahora con sus animales de carga y sus equipajes en crecido número. Colocaron sus animales en el patio de la casa ruinosa. Los judíos no han hecho hasta ahora nada en contra. Sólo han obstruido el camino hacia el monte del templo y por el lado del monte Sión hacia la piscina de Bethesda, donde muchos cristianos tienen sus habitaciones. Las paredes que han levantado en muchas partes dividen y separan a estos fieles del resto de la ciudad.

Los recién llegados estén ocupados en apartar gran cantidad de géneros, algunos finos, otros groseros, de lana blanca o amarilla, como también alfombras y telas para tiendas. Han formado gruesos rollos y los envían para uso común de la comunidad. Nicodemo y José de Arimatea distribuyen y ordenan todas estas cosas. Con estos géneros harán vestiduras sacerdotales y otras para los recién bautizados. A los necesitados se les da lo necesario y todos son atendidos convenientemente. Junto a la piscina de Bethesda tomaron los apóstoles para su uso una antigua sinagoga frecuentada sólo por extranjeros: está algo más elevada que la piscina misma. Aquí se reúnen los recién venidos y son instruidos por los apóstoles. Los recién llegados no son recibidos en seguida dentro de la comunidad ni tampoco entran en el Cenáculo. Por el momento no veo que los apóstoles ni los discípulos ni los recién llegados frecuenten el templo. Si después de Pentecostés iban al templo era para predicar, después de haber recibido el Espíritu Santo. El templo de esta comunidad es el Cenáculo, donde esta el Santísimo Sacramento. La Madre de todos estos fieles es la Virgen Santísima. Los apóstoles se aconsejan con Ella y Ella es para ellos un apóstol.

Veo que la mujer y la hija de Pedro y otras mujeres, como la de Marcos, se trasladaron de Betsaída a Betania, donde habitan bajo tiendas. Estas mujeres ya no tienen relación con sus maridos. Se juntan con los apóstoles sólo cuando hay instrucción y se ocupan de tejer y trenzar telas diversas; en este trabajo están ocupadas muchas a la vez. También María Santísima, Marta y Magdalena cosen, tejen, bordan, a veces sentadas, a veces

caminando, con los trabajos en las manos. He visto a María bordar, en colores pálidos, figuras de apóstol o del Señor, sobre telas amarillas, grises o azul-celestes. Las figuras no eran tan envueltas como las había visto antes. Una vez la he visto bordar una representación de la Santísima Trinidad: Dios Padre e entregaba al Hijo, que vestía como sacerdote, la santa Cruz; de ambos procedía el Espíritu Santo, no como paloma, pues las alas eran brazos. Éstas figuras estaban más bien en los ángulos de las vestiduras. He visto en antiguas iglesias ornamentos que María Santísima había bordado. Los apóstoles ayudaban para procurar habitación a los recién venidos. Los he visto traer madera, esteras y cargar tapisqué entretejidos. Los pobres reciben vestidos y comida. Lázaro es el principal proveedor. Las santas mujeres, entre las cuales veo a la de Zaqueo, se ocupan de proveer a las mujeres de la comunidad. Ninguno tiene cosa propia; el que tiene algo lo trae y el que no tiene nada recibe lo necesario. La casa de Simón, llamado el leproso, está llena de recién llegados. Él mismo ya no vive en su casa: la entregó a la comunidad y reside como los demás, mezclado con ellos. Sobre la terraza de su antigua casa se ha levantado y formado una especie de sala con tabiques movibles, colocándose allí un púlpito para la enseñanza. Se sube a esa terraza desde afuera por escalones practicados en la pared. En todas partes se fabrican y se levantan tiendas, se acomodan habitaciones junto a los muros y se ocupan casas vacías aquí y en Jerusalén. Algunos se retiraron del país después de la crucifixión del Señor.

Después de Pentecostés aumentó tanto el número de los creyentes que los apóstoles tuvieron que tratar con las autoridades para procurarse nuevos sitios para los recién llegados. Los apóstoles enviaron a Nicodemo, a José de Arimatea, a Natanael y a otros más conocidos de los judíos a tratar con las autoridades; y los veo reunidos, unos veinte, en la sala sobre la puerta del atrio de las mujeres en el templo. Les fueron señalados tres lugares fuera de la ciudad, apartados de los caminos más frecuentados. Un lugar estaba entre Betania y Betfagé, al Oeste de Betania, donde había ya chozas y galpones; dos lugares al Sur de Betfagé, algo apartados del camino. Debían desocupar el albergue junto a Betania, en el camino, y no debían hospedarse tampoco en el albergue junto a Jerusalén, hacia Belén, donde María se hospedó cuando la presentación en el templo. He visto como los jefes les indicaban con la mano los lugares desde el templo, cómo fueron los enviados a anunciar el cambio a los apóstoles y cómo salían algunos grupos para ocupar los lugares que Pedro y Juan les indicaban para edificar sus habitaciones. Veo asnos cargados con todo lo necesario y trasportar agua en recipientes, pues el lugar entre Betania y Betfagé no tenía agua. Pero cuando empezaron a cavar un pozo les saltó un torrente de agua hasta sus rostros. A Simón de Betania, que había tenido practica de economía y entendía de negocios, lo veo ocupado en una tienda junto a la piscina de Betunes, anotando los regalos, las contribuciones y el estado de los recién venidos que traían ovejas, cabras, palomas, grandes pájaros con patas y picos colorados. Mantas y tejidos de varias clases eran distribuidos a los necesitados. había en esta distribución un orden perfecto. Los hombres recibían lo necesario por medio de los hombres, y las mujeres eran socorridas por las santas mujeres de la comunidad. Había gente de todos los países que traían por amor de Dios sus cosas para la comunidad, aunque entre ellos no se entendían por el idioma. Sólo los apóstoles eran entendidos por todos los extranjeros. Magdalena y Marta entregaron su casa de Betania para la comunidad de los nuevos convertidos. Lázaro entregó todas sus posesiones y sus casas. Lo mismo hicieron Nicodemo y José de Arimatea: ellos cuidaban de la distribución de las limosnas y de las necesidades de la comunidad. Cuando más tarde fueron estos tres hombres consagrados sacerdotes, Pedro puso en su lugar a los diáconos.

XV

Los postreros días antes de la Ascensión

En estos últimos días Jesús estuvo mucho tiempo con sus apóstoles y discípulos. Comía y rezaba con ellos y les repetía muchas cosas que les había enseñado mientras recorría los caminos que había andado antes. Aparecióse también a Simón Cireneo que estaba en ese momento trabajando en una huerta entre Jerusalén y Betfagé: Jesús se le acercó resplandeciente, como flotando en el aire. Simón se echó de cara al suelo y besó la tierra delante de los pies del Señor, el cual le hizo una señal de silencio y desapareció. Otros trabajadores que estaban cerca de Simón también lo vieron y se echaron de cara al suelo. Cuando Jesús caminaba con los apóstoles a Jerusalén, algunos judíos tuvieron también la dicha de verlo. Pero estos infelices se espantaban, se escondían y se encerraban en sus habitaciones. Los mismos apóstoles se mostraban algo cohibidos en su presencia: tenía para ellos algo de espiritual en su modo de ser. Jesús aparecía también en otros lugares, como en Belén y Nazaret, especialmente a ciertas personas con las cuales Él o María habían tenido alguna relación o amistad. En todas partes llevaba la bendición: las gentes buenas que lo veían, creían luego en Él y se juntaban con los apóstoles.

En el penúltimo día antes de su Ascensión, he visto a Jesús con cinco de sus discípulos venir desde el Este hacia Betania, adonde también se dirigía María con otras santas mujeres desde Jerusalén. En la casa de Lázaro estaban reunidos ya muchos discípulos, los cuales habían oído que Jesús pronto los había de dejar. Querían verle aun una vez y despedirse de Él. Cuando Jesús llegó a la casa de Lázaro, dejaron entrar a todos estos discípulos y cerraron las puertas. Jesús tomó, de pie, con los apóstoles, algún alimento, y como viera que lloraban amargamente porque los iba a dejar, les dijo, indicando a María: "Por qué lloráis, queridos hermanos?. . . Mirad. . . como ella no llora". María estaba con las santas mujeres cerca de la entrada de la sala. En el patio había una mesa larga dispuesta para los numerosos presentes. Jesús salió de la sala, bendijo los pequeños panes y los repartió; luego hizo señal de que iba a alejarse. Entonces se acercó humildemente María su Madre para hacerle una petición. Vi que Jesús le tendió la mano y le dijo que no podía concederle lo que ahora pedía. María dio gracias con humildad y se retiró tranquila. De Lázaro se despidió de una manera conmovedora: le dio un bocado resplandeciente, lo bendijo y le tendió la mano. Lázaro, que generalmente se mantenía oculto, cuando Jesús con sus apóstoles se dirigió a Jerusalén por el camino que había hecho el Domingo de Ramos, aunque por sendas extraviadas, permaneció también escondido en su casa.

Jesús y los suyos marcharon en cuatro grupos con cierto intervalo uno de otro. Los once partieron con Jesús los primeros. Las santas mujeres fueron las últimas en salir de Betania. Yo veía a Jesús resplandeciente, siempre sobresaliendo entre todos. Sus llagas no las veía siempre: cuando las veía eran como soles resplandecientes. Todos estaban abatidos y con temor; algunos lloraban; otros hablaban en voz baja: "Ya otras veces ha desaparecido", decían. No acababan de creer que los podía abandonar para siempre. Sólo Pedro y Juan aparecían más tranquilos y entendían mejor al Señor. Jesús se detenía a ratos para declararles algunas cosas. Algunas veces se hacia invisible; luego

reaparecía, como si los quisiera acostumbrar a la ausencia definitiva. Los veía bastante turbados.

El camino llevaba a ciertos lugares amenos, a jardines, donde los judíos estaban ocupados en cortar y recortar, en formas de pirámides, arbustos y plantas y ordenar los cercos. Estas gentes se tapaban los ojos con las manos; otros se echaban a tierra y otros se ocultaban entre los ramajes. No sé si lo hacían por temor o por reverencia, si veían o no veían al Señor. Una vez oí al Señor que decía a los discípulos: "Cuando todos estos lugares sean creyentes por vuestra predicación y cuando otros dispersen a los creyentes y lo destruyan todo, serán tiempos difíciles. Vosotros no podéis entenderlo ahora. Cuando estés conmigo, por última vez en la cena, lo entenderéis mejor". Nicodemo y José de Arimatea habían preparado una comida, que tuvo lugar en el vestíbulo del Cenáculo abierto. Por la izquierda del vestíbulo se llegaba a un corredor hacia el patio cubierto de árboles; luego a un edificio pegado a las murallas donde se había arreglado el hogar y la cocina. A la derecha del vestíbulo había corredores abiertos con las mesas para los discípulos: eran simples tablas dispuestas para el caso. La mesa para Jesús y los once estaba preparada en el vestíbulo. Había allí pequeños cantaros y otro mayor con una cobertera encima; sobre ella se veía un pescado adornado con finas hierbas y pequeños panes en torno. En las mesas de los discípulos se pusieron fuentes de forma triangular con panales de miel, frutas y cuchillos de hueso. Junto a cada fuente había tres tajadas de pan; para cada tres comensales había una fuente.

El sol había caído y empezaba a oscurecer cuando Jesús se acercó con sus apóstoles a la mesa. María Santísima, Nicodemo y José de Arimatea lo recibieron a la entrada. Jesús se encaminó con su Madre a la habitación de esta, y los apóstoles fueron hacia el vestíbulo. Cuando llegaron más tarde los discípulos y las santas mujeres, Jesús acercase a los once que estaban en el vestíbulo. La mesa, de la cual ocuparon un lado, era de mayor altura de la que se acostumbraba. Los apóstoles estaban recostados sobre asientos transversales. Jesús se mantuvo de pie; a su lado se sentaba Juan que se mostró más alegre que los demás. Era Juan como un niño en todo su modo de ser: pronto se entristecía, pero pronto también volvía a su acostumbrada serenidad y buen humor. Habían encendido la lámpara sobre la mesa. Nicodemo y José de Arimatea cuidaban y proveían. A la Santísima Virgen la he visto de pie, a la entrada de la sala. Jesús bendijo el pescado, los panes y las hierbas; mientras tanto enseñaba repartiendo los alimentos. Su modo de instruir era muy serio. Yo veía a las palabras de Jesús salir como rayos de luz que entraban con más o menos fuerza, en cada uno de los apóstoles, según la disposición de sus corazones y el deseo y el ansia de escucharlas. Al fin de la comida Jesús bendijo la copa y bebió de su contenido; luego la hizo pasar a los demás. No era una consagración.

Después de esta cena fraternal, los comensales se reunieron bajo los árboles del patio. Jesús habló largo tiempo con ellos, y al final los bendijo. A su Madre, que estaba al frente de las santas mujeres, le tendió la mano. Todos estaban muy conmovidos. Yo sentía que Magdalena tenía mucho deseo de abrazarse a sus pies; pero no lo hizo. El modo de ser de Jesús era tan imponente que no tuvo valor y todos estaban llenos de temor reverencial. Cuando Jesús los dejó, los apóstoles lloraban. No era un llanto exterior: era como si el alma llorase. A la Madre de Jesús no la he visto llorar. No la he visto nunca llorar ostensiblemente, sino sólo cuando perdió al Niño Jesús, a los doce

años, después de las fiestas de Pascua, y cuando Jesús murió en la cruz. Los presentes permanecieron aquí hasta la medianoche.

XVI

La Ascensión de Jesucristo a los cielos

La noche anterior a su gloriosa Ascensión he visto a Jesús con su Santísima Madre y los once en la sala interior del Cenáculo. Los discípulos y las santas mujeres oraban en las salas laterales. En la sala estaba la mesa de la última Cena con los panes de Pascua y el cáliz, debajo de la lámpara encendida. Los apóstoles estaban con sus vestiduras de fiesta. María Santísima estaba frente a Jesús, el cual consagró pan y vino como lo hizo el Jueves santo. El santo Sacramento lo he visto entrar en las bocas de los apóstoles como un cuerpo resplandeciente y las palabras de la Consagración las vi como rayos rojos entrar en el contenido del cáliz. En estos últimos días, Magdalena, Marta y María Cleofás habían recibido la Comunión.

Hacia la mañana se recitaron los maitines, bajo la lámpara, con la solemnidad que de costumbre. Jesús volvió a dar la potestad a Pedro sobre los demás, cubriéndolo de nuevo con aquel manto o capa adornada y repitiendo lo que había dicho a la orilla del lago y en la aparición sobre la montaña de Galilea. También los instruyó sobre el modo de dar el bautismo y de bendecir el agua. Durante los maitines y la enseñanza de Jesús he visto a diez y siete de los discípulos más adictos que escuchaban detrás de María Santísima. Antes que abandonasen la casa, Jesús presentó a María Santísima como Madre de ellos, intercesora y medianera. Luego dio la bendición a Pedro y a los demás, que la recibieron con profunda reverencia. En ese momento vi a María, con un manto azul celeste y la corona, ser elevada sobre el trono. Era una imagen de su grandeza y dignidad, la Reina de la misericordia.

Cuando clareaba Jesús salió del Cenáculo con los once; María los siguió muy de cerca, y el grupo restante a corta distancia. Atravesaron las calles de Jerusalén: todo era silencio y quietud. La población estaba entregada al sueño. Jesús se ponía cada vez más apremiante y serio en su modo y en sus palabras. En la tarde de ayer me pareció más asequible y compasivo en sus palabras. Yo conocía bien el camino que harían: el mismo del Domingo de Ramos, y sentía que Jesús tomaba esos senderos para grabar mejor en las memorias sus exhortaciones y sus instrucciones, señalando donde se habían cumplido las profecías y sus palabras. En cada lugar donde había tenido lugar una escena de su Pasión, se detenía un momento y les mostraba el cumplimiento de las palabras proféticas y las palabras de promesas, explicando el significado de cada lugar. En los lugares donde los judíos habían puesto obstáculos al paso, con fosos cavados, piedras y otros impedimentos, mandó Jesús a sus discípulos que le precediesen y quitasen esos impedimentos; cosa que ellos hicieron con presteza. Luego dejaron pasar a Jesús, se inclinaron en su presencia y ocuparon el lugar anterior detrás de los apóstoles. Delante de la puerta que llevaba al monte Calvario, se desvió del camino hacia un lugar ameno de árboles, que era de oración, como había varios en Jerusalén. Aquí se sentó Jesús en medio de ellos y los instruyó, consolándolos de su próxima partida. Mientras tanto se hizo día y los apóstoles recobraron animo, pareciéndoles que no los dejaría tan pronto. Vinieron entre tanto nuevos discípulos, todos hombres; no había mujeres entre los nuevos. Jesús retomó el camino del Calvario, pero no llegó hasta él, sino que, rodeando la ciudad, se dirigió al Huerto de los Olivos. También en

este camino había obstáculos puestos por la malicia de los judíos: los discípulos removieron esos impedimentos. Los instrumentos para el trabajo los encontraban en los huertos y jardines que allí abundan. Recuerdo las palas redondeadas, que me recordaban nuestras palas de panaderos.

En el Huerto de los Olivos se detuvo Jesús con los suyos en un lugar ameno y fresco cubierto de hermosa hierba. Me maravillo de que aquí no hayan hecho desperfectos. La muchedumbre de los discípulos de Jesús se hizo aquí tan numerosa que ya no pude contarla. Jesús habló largamente de tal manera que parecía dar punto final a sus palabras. Ellos lo escuchaban persuadidos de que se acercaba la hora de la despedida, pero no creían que el tiempo pasara. tan pronto. El sol ya estaba más alto, más apartado del horizonte. No sé si lo que digo es lo cierto: en ese país me parece que el sol no sube tanto como entre nosotros; me parece como si estuviera más cerca de nosotros. No lo veo como aquí, pequeña esfera que se levanta: lo veo allá con más brillo, y sus rayos no son tan finos, sino son anchos rayos de luz. Estuvieron aquí como una hora. En Jerusalén todo revivía y se admiraban de la muchedumbre que veían alrededor del Huerto de los Olivos. De la ciudad también comenzaban a afluir gentes hacia el huerto: eran de las que el Domingo de Ramos lo habían recibido en triunfo. En las calles estrechas de la ciudad se amontonaba la gente: sólo en torno del huerto había claros.

Jesús se dirigió hacia Getsemaní, y del huerto subió al Monte de los Olivos. El camino por donde fue tomado preso no lo recorrió. La muchedumbre le seguía por diversos senderos, algunos atravesando los vallados y los cercos de los jardines. Jesús aparecía cada vez más resplandeciente; sus pasos eran más apresurados. Los discípulos lo seguían a veces sin lograr alcanzarlo. Cuando llegó a la cima del monte, resplandecía como un sol con luz gélida y blanca. Desde el cielo descendió un cerco de luz, que formo como un arco-iris de varios colores. Los espectadores lo contemplaban como deslumbrados. Jesús brillaba más vivamente que la gloria que lo envolvía. Jesús púsose la mano izquierda sobre el pecho y con la mano derecha bendijo, volviéndose a todos lados, al mundo entero, La muchedumbre permaneció en silencio: los he visto a todos bendecidos. Jesús no bendecía como los rabinos, con la palma de la mano, sino como lo hacen los obispos actualmente. He sentido la bendición sobre todo el mundo con gran regocijo.

Desde ese momento la luz que descendía del cielo se unió con el resplandor de Jesús, y he visto el brillo de su cabeza como fundirse en una luz con la del cielo y desaparecer en lo alto de los cielos. Parecía como si un sol entrara en otro sol, una llama en otra llama, un rayo flotara en una llama, como si se mirase el sol en pleno día; pero la luz era más brillante y más blanca. El día parecía nublado al lado de esa luz sobrenatural. Cuando ya no pude ver más su cabeza resplandeciente, seguí viendo sus pies, hasta que desapareció completamente dentro de la gran luz y resplandor. Innumerables almas he visto venir y entrar dentro de ese resplandor del Señor y desaparecer luego con Él. No puedo decir que lo haya visto desaparecer empequeñeciéndose a nuestros ojos a la distancia, sino que desapareció de entre la luz que lo circundaba desde arriba. Desde esa nube luminosa descendió un roció de luz sobre todos los presentes. Cuando ya no pudieron ver más ese resplandor, les sobrecogió a todos un gran temor y una gran admiración. Los apóstoles y discípulos, que estaban más cerca de Él, no pudiendo ya soportar tanta luz, quedaron como cegados, y miraban hacia abajo, y muchos se echaron de cara a tierra. María

Santísima estaba detrás, junto a ellos, y miraba tranquila hacia arriba. Después de unos momentos y cuando la luz había disminuido algo, miraron todos, en gran silencio y con diversos sentimientos, hacia la nube luminosa que siguióse viendo largo tiempo.

Yo he visto dentro de esta nube dos figuras resplandecientes, al principio pequeñas, luego agrandándose, descender hacia la muchedumbre, con blancas y largas vestiduras y báculos en la mano, al modo de los profetas. Hablaron a los presentes: su voz era como de trompeta y creo que deben haberlos oído en Jerusalén. No se movían: estaban rectos, inmóviles y dijeron: "Varones de Galilea; ¿qué estáis aquí mirando hacia el cielo? Este Jesús que fue arrebatado de vosotros a los cielos, vendrá, como lo habéis visto subir a los cielos. (*La vidente dijo sólo: "Dijeron algunas palabras". Lo demás es del texto de los Actas*).

Después de estas palabras desaparecieron los ángeles, pero el resplandor continuó por algún tiempo hasta que se disipo, como se oscurece el día con la noche. Ahora están los apóstoles como fuera de sí; ahora comprenden lo que les aconteció: Jesús se había apartado de ellos para subir a su Padre celestial. Entonces muchos se echaron a tierra, llenos de dolor y confusión. Cuando el resplandor se desvaneció, los demás se agruparon en torno de ellos. Se formaron varios grupos; las santas mujeres también se acercaron. Deliberaron allí, conferenciaron, a veces miraban a lo alto de los cielos. Después se dirigieron los apóstoles al Cenáculo y las santas mujeres los siguieron. Unos lloraban como niños; otros estaban muy conmovidos. María Santísima, Pedro y Juan estaban tranquilos, y se mostraban más consolados. Pero he visto también entre la muchedumbre a algunos que no mostraban conmoción; estaban dudosos, incrédulos y se alejaron de allí. En la cima del monte había una piedra. Jesús había estado sobre ella: desde allí habló y bendijo, antes que el resplandor lo envolviese. La marca de sus sagrados pies quedó impresa en esa piedra, y sobre otra se veía la huella de una mano de María. Había pasado el mediodía cuando los presentes se desparramaron y se alejaron.

Cuando los apóstoles y los discípulos se encontraron solos, sintiéronse como desamparados, y se inquietaron. Consoláronse, empero, ante la presencia tranquila y suave de la Virgen María; comprendieron que era, según las palabras de Jesús, su consoladora, su Madre y su intercesora, y recobraron la paz y la confianza.

En Jerusalén he visto, entre los judíos, un sentimiento de temor y de espanto. He visto cerrarse varias puertas y ventanas y en otros puntos reunirse los judíos. En los días anteriores experimentaban cierta inquietud y temor; hoy especialmente se sentían embargados de terror. En los siguientes días he visto a los apóstoles reunidos con la Virgen en la sala del Cenáculo. Después de la última Cena con el Señor, vi siempre a María frente a Pedro, que ocupaba el lugar de Jesús, tanto en la oración como en las comidas. Yo sentía que ahora María adquiría mayor importancia para los apóstoles y representaba a la Iglesia de los fieles. Los apóstoles se mantenían más retirados. No veía a ninguno de los otros grupos de creyentes entrar con ellos en la sala del Cenáculo. Se mantenían más precavidos por las persecuciones de los judíos, con mayor orden y retiro en la oración. Los discípulos, en cambio, se reúnen en las salas abiertas del Cenáculo, van y vienen, entran y salen más libremente; muchos de ellos visitan de noche los caminos por donde anduvo Jesús durante su apostolado y su Pasión.

Para la elección del apóstol Matías he visto a Pedro en el Cenáculo revestido con su capa,. en medio del coro de los discípulos, que estaban de pie en las salas laterales abiertas. Pedro propuso a José Barsabás y a Matías, que estaban entre los más adictos discípulos de Jesús. Entre los reunidos había varios que deseaban ser elegidos en lugar del traidor Judas; estos dos, en cambio, no habían pensado en ello ni tenían deseos de ser elegidos. Al día siguiente echaron la suerte, mientras ellos estaban ausentes. Cuando la suerte cayó sobre Matías, fue uno a la sala de los discípulos reunidos a buscar al nuevo apóstol.

XVII

El sagrado día de Pentecostés

Toda la sala del Cenáculo estaba, la víspera de la fiesta, adornada con plantas en cuyas ramas se colocaron vasos con flores. Guirnaldas verdes colgaban de uno y otro lado de la sala. Las puertas laterales estaban abiertas; sólo la entrada principal del portón estaba cerrada. Pedro estaba revestido de sus vestiduras episcopales con capa adornada, delante de la cortina del Santísimo, debajo de la lámpara, donde había una mesa cubierta de paño blanco y rojo con rollos escritos. Frente a Pedro, cerca de la entrada del vestíbulo, estaba María cubierta con el velo, y detrás de ella, las otras santas mujeres. Los apóstoles hallábanse en dos hileras, a ambos lados de la sala, con el rostro vuelto hacia Pedro. Detrás de los apóstoles, en las salas laterales, estaban los discípulos de pie, para formar el coro en el canto y en la oración. Cuando Pedro bendijo los panes y los distribuyó, primero a María Santísima, luego a los apóstoles y discípulos, cada uno le besaba la mano. La Virgen Santísima también lo hizo. Estaban presentes en la sala del Cenáculo ciento veinte personas, sin contar a las santas mujeres.

A medianoche se sintió una conmoción extraordinaria en toda la naturaleza, que se comunicó a los que estaban junto a las columnas y en las salas laterales, en profunda devoción, orando con los brazos cruzados sobre el pecho. Una sobrenatural tranquilidad y sensación de quietud se esparció por toda la casa, y en los alrededores reinaba religioso silencio.

Hacia la mañana he visto sobre el Huerto de los Olivos una nube blanca, resplandeciente, bajando del cielo en dirección al Cenáculo. A distancia era como una bola redonda cuyo movimiento acompañaba un vientecillo suave y reconfortante. Al acercarse se hizo como una nube resplandeciente sobre la ciudad; luego se fue comprimiendo sobre Sión y sobre la sala del Cenáculo. A medida que se comprimía la nube se volvía más brillante y transparente. Se detuvo; luego, como impulsada por un viento impetuoso, descendió. Al sentir esta conmoción muchos judíos que habían visto la nube, corrieron, espantados, al templo. Yo misma me sentí, como una niña, invadida de temor, y buscaba donde esconderme para cuando estallara la tempestad, pues todo el conjunto tenía semejanza a lo que sucede cuando se desencadena una súbita tempestad; sólo que esta venía del cielo y no de la tierra, en lugar de oscura era toda luz, y en vez de tronar marchaba zumbando como un viento. Este viento se esparció como suave y confortadora corriente de luz. La nube luminosa descendió sobre el Cenáculo y con el zumbido del viento se torno más brillante. Yo veía la casa y su alrededor cada vez más resplandecientes. Los apóstoles, los discípulos y las santas mujeres se sentían más conmovidos y silenciosos. De pronto de la nube luminosa en movimiento partieron rayos blancos con ímpetu sobre la casa y sus contornos, en siete lineas que se cruzaban y se deshacían hacia abajo en rayos más delgados y en gotas como de fuego. EI punto donde los siete rayos se cruzaban estaba rodeado de un arco iris. Apareció una figura luminosa y movible que tenía unas alas a modo de rayos de luz. En ese momento estuvieron la casa y los contornos llenos de luz y de resplandor. La lámpara de cinco brazos ya no daba luz. Los presentes estaban corno arrebatados; levantaron sus cabezas a lo alto, como sedientos, abriendo la boca. En la boca de cada uno de ellos entraron

torrentes de luz como lenguas de fuego. Parecía que aspirasen esas llamas, sedientos, y que sus deseos se dirigían al encuentro de esas llamas. Sobre los discípulos y las mujeres, que estaban en el vestíbulo, también se derramaron estas llamas, y de este modo la nube preñada de luz se deshizo poco a poco a medida que echaba sus rayos sobre los congregados en el Cenáculo. He visto que estas llamas descendían sobre cada uno de los presentes en diversas formas, colores y cantidad.

Después de esta lluvia maravillosa estaban todos reanimados, ardorosos, como fuera de sí por el gozo, llenos de santo arrebato. Todos rodearon a María Santísima, a la cual vi durante este tiempo tranquila, en santo recogimiento. Los apóstoles se abrazaron, llenos de entusiasmo; unos a otros se decían: "¿Qué eramos nosotros?. . . ; ¿Qué somos ahora?. . ." También las santas mujeres se sintieron animadas y se abrazaban. Los discípulos que estaban en los alrededores se sintieron conmovidos y los apóstoles fueron hacia ellos. En todos había una nueva vida, llena de contento, de confianza y santa audacia. Esta alegría se exteriorizo en acciones de gracias. Se reunieron en oración y dieron gracias a Dios muy conmovidos. Mientras tanto la luz había desaparecido. Pedro hizo entonces una exhortación a los discípulos y envió a varios de ellos a diversos albergues donde se reunían los convidados para las fiestas de Pentecostés.

Entre el Cenáculo y la piscina de Bethesda había varios galpones y lugares abiertos que servían de dormitorios para los muchos forasteros que acudían a las fiestas de Pentecostés. Habían recibido ellos también impresiones de la venida del Espíritu Santo. En toda la naturaleza había un movimiento inusitado de alegría. Personas bien intencionadas habían recibido internas ilustraciones; los malos se asustaron más y se endurecieron en sus perversos intentos. Muchos de estos forasteros estaban desde las fiestas de Pascua, pues la distancia de sus pueblos no les permitía ir y volver para esas fiestas. Habían oído y visto maravillas desde la fiesta de Pascua, se mostraban muy adictos a los discípulos, y éstos les decían ahora que se habían cumplido las cosas prometidas para la fiesta de Pentecostés. Entonces comprendieron por que se sintieron también ellos conmovidos, y se reunieron con los discípulos en torno de la piscina de Bethesda.

En el Cenáculo, Pedro impuso las manos sobre cinco apóstoles, los cuales debían instruir y bautizar en la piscina de Bethesda. Eran: Santiago el Menor, Bartolomé, Matías, Tomás y Judas Tadeo. En esta consagración tuvo Judas una visión: le pareció que abrazaba el cuerpo de Cristo con sus brazos cruzados sobre el pecho. Al partir para bendecir el agua y bautizar en la piscina de Bethesda, recibieron de rodillas la bendición de la Virgen María. Antes de la Ascensión, la solían recibir de pie. He visto repetir este acto de obsequio a María en los días siguientes, antes de salir y entrar en el Cenáculo. La Virgen María llevaba en estas ocasiones, y siempre que aparecía delante de los apóstoles en su dignidad de Madre de la Iglesia, un gran manto blanco un velo amarillo y dos cintas de color azul celeste que desde la cabeza caían a ambos lados hasta el suelo: estaba adornado de bordados y sobre la cabeza sujeto con las cintas por una corona de seda.

XVIII

La Iglesia en la piscina de Bethesda

Los bautismos en la piscina de Bethesda fueron instituidos por el mismo Jesús. Los discípulos habían ordenado diversas cosas, tanto en la vieja sinagoga tomada para su uso como en la piscina de Bethesda. Las paredes de la sinagoga la habían cubierto de tapices y colgaduras y habían hecho un corredor cubierto que iba desde ella hasta la piscina de Bethesda. Los apóstoles y los discípulos se dirigieron en forma procesional hasta la piscina, pero en grupos separados. Los discípulos llevaban un odre de cuero con agua bendita y un manojo como aspersorio. Los cinco apóstoles que habían recibido la consagración de manos de Pedro, se repartieron las cinco entradas de la piscina y exhortaron a los presentes con gran entusiasmo. Pedro ocupó un púlpito dispuesto por los discípulos en el tercer círculo de la piscina, a contar desde afuera, porque era esta terraza la más amplia. Los oyentes llenaron todas las azoteas de la piscina. Cuando los apóstoles hablaban, se quedaban todos admirados, pues cada uno oía en su propia lengua lo que decían los apóstoles. En esta ocasión sucedió lo que narra el libro de los Actos de los apóstoles.

Como muchos manifestaron deseos de recibir el bautismo, Pedro, Juan y Santiago el Menor consagraron las aguas solemnemente. Pedro, tomando agua bendita traída en el odre desde el Cenáculo, bendijo las aguas de la piscina con el aspersorio. La preparación y el bautismo de las gentes ocupó todo el día. La muchedumbre se acercaba en grupos, uno después de otro, al púlpito de Pedro. Los otros apóstoles instruían y bautizaban en las entradas de la piscina. María Santísima y las santas mujeres estaban en la sinagoga ocupadas con el reparto de las vestiduras blancas a los recién bautizados. Las mangas de estos vestidos tenían una atadura de cinta negra, que después del bautismo se desataban y colocaban en un montón. Los bautizados se arrimaban a una baranda que daba a la piscina; los apóstoles tomaban agua con un recipiente y la derramaban por tres veces sobre sus cabezas; el agua volvía a caer a raudales en la piscina. El recipiente alcanzaba para diez pares de bautizados. Dos recién bautizados traían a otros dos y les ponían las manos como padrinos.

Estos bautizados fueron los que ya lo habían sido por Juan Bautista. Las santas mujeres fueron bautizadas aquí. Eran como tres mil personas las que formaron la nueva Iglesia este día. Por la tarde volvieron los apóstoles y los discípulos al Cenáculo; tuvieron una cena y repartieron panes bendecidos. Después tuvo lugar la oración de la noche. Los judíos ofrecían hoy en el templo, en canastillos, dos nuevos panes hechos con los granos de este año. He visto grandes montones de estos panes, que luego fueron distribuidos a los pobres. He visto también que el Sumo Sacerdote tenia en la mano un manojo de trigo grueso como maíz. Ofrecían en el templo ciertas raíces y frutos desconocidos para mí. Las gentes tenían paquetes de estas cosas sobre sus asnos y el pueblo compraba de estos frutos. El pan era de su propia hechura. Los apóstoles ofrecieron sólo los dos panes por medio de Pedro. Al siguiente día hubo bautismos en la piscina de Bethesda. Antes de partir los apóstoles y los discípulos a la piscina, recibieron, como ayer, la bendición de María Santísima.

La piscina de Bethesda este situada en la hondura del valle que separa el monte Sión del templo y del resto de la ciudad y que declina hacia el Oriente en el valle de Josafat. Parecería que la edificación de esta piscina hubiese separado por el Oeste el valle del templo, pues de una parte de ella no se podía andar alrededor como por las otras.

Había aquí, en realidad, un camino ancho; los muros estaban en parte derruidos y el sendero lleno de hierbas, arbustos y juncos, y al descender hacia el valle, más repleto de vegetación. Desde la piscina se puede ver el ángulo del Santísimo del templo, entre el Sur y el Oeste. La piscina de las ovejas (probática) este situada al Norte del templo, en el mercado de los animales, junto a la puerta probática y está amurallada. Desde el Cenáculo, que este al Este de la altura de Sión, el camino lleva hacia Bethesda, primero al Oriente, por la altura de Sión, luego en semicírculo al Norte, después de nuevo por el Este, por un sendero en curva hacia arriba. Toda esta parte de Sión hasta la piscina de Bethesda y de allí adelante hasta el valle de Josafat, está lleno de ruinas y devastaciones. Entre los muros ruinosos viven familias pobres con sus viviendas adosadas a las paredes; en los declives crece mucho enebro común y en las hondonadas hierbas y juncos. Los judíos evitan pasar por estos lados: por esto los nuevos convertidos se establecieron aquí sin oposición.

La piscina de Bethesda es un edificio ovalado, con cinco terrazas, como en anfiteatro. Cinco senderos con gradas llevan a la piscina hasta la pequeña barca adonde se hacen conducir los enfermos para ser bañados por las aguas movidas por el ángel. Había en la piscina un pilón de bronce que sobresalía de las aguas, a la altura de un hombre, del grosor de una mantequera. A este pilón se llegaba por un puente de madera con baranda. En este puente he visto un caño y dentro una canilla en comunicación con el pilón; por medio de esta canilla se abría el pilón y saltaba un chorro de agua, que podía graduarse en mayor o menor cantidad. Se podía variar la dirección del chorro y cerrar la abertura superior para que saliera el agua por los lados derramándose en varias direcciones. A menudo he visto enfermos hacerse llevar hasta ese pilón y abierta la abertura hacerse bañar por el chorro de arriba o de los lados. La entrada a este pilón estaba generalmente cerrada y sólo se abría para los enfermos. Ahora, en el día de Pentecostés, he visto que este pilón no funcionaba; pero en los primeros días, los discípulos lo arreglaron de modo que funcionaba como en otros tiempos. Las paredes posteriores de las terrazas tenían galerías pequeñas y en ellas lechos cavados en la piedra en forma de artesa para los enfermos. Estos podían ver desde todos los puntos de las terrazas la piscina y notar cuando las aguas se removían. La parte delantera de las terrazas tiene una baranda hacia la piscina. El fondo de la piscina es de una arenilla blanca de donde brotan tres saltos de agua que a veces se levantan sobre la superficie. La sangre de las victimas sacrificadas en el templo llega por caños hasta la piscina.

Esta piscina, junto con los edificios adyacentes, medio ruinosos, ocupa una vasta extensión. Antes que se llegue a ella, lleva el camino a un vallado, desde el cual sólo tres entradas conducen a ella. Al Este de la piscina la montaña cae a pico y al Oeste el valle es menor y hay puentes para pasarlo. La parte Norte está cortada a pico y está llena de vegetación; al Noreste hay un sendero que lleva al templo ahora obstruido y lleno de ruinas. Pequeños senderos llevan a la ciudad sin que se tenga Jesús diversas veces durante su vida publica. Todo este conjunto de edificios de la piscina estaba por este tiempo fuera de uso, ruinoso y abandonado, como entre nosotros algunos oratorios descuidados y olvidados. Sólo algunos creyentes piadosos lo tenían en veneración y se

llegaban hasta él. Desde la curación del enfermo, milagro que obró Jesús allí, recobró la piscina alguna importancia; pero a los fariseos se les hizo el lugar más odioso que antes. Los muros exteriores estaban en parte en ruinas y algunos puntos de las terrazas muy deteriorados. Ahora todo está como renovado; las paredes caídas en parte han sido reparadas con tabiques, y se formó un corredor cubierto con telas desde la sinagoga hasta la piscina. Esta antigua sinagoga se levanta aislada y está más libre de edificios que el Cenáculo, que por una parte del patio limita con una serie de casas. Los apóstoles y los discípulos están, desde Pentecostés, ocupados en arreglar esta sinagoga como iglesia cristiana. Mientras tanto, Pedro, Juan, Andrés y Santiago el Menor se turnan en diversos lugares de la piscina y de la tercera terraza donde se levantó el púlpito de Pedro. Había siempre muchos fieles entregados a la oración, con los rostros hacia tierra. No me es posible decir cuenta actividad hay en estos días entre los creyentes en tejer, extender telas, formar tabiques y hacer arreglos para la nueva iglesia y para los pobres. Esta iglesia es un edificio rectangular con ventanas colocadas muy alto. De la parte de afuera se puede subir por escalones a la terraza cubierta, donde hay tres pequeñas cúpulas que se pueden abrir para la luz y el aire. La parte interior este dotada de galerías a los lados para los oyentes y el todo forma una iglesia donde en la parte posterior está el altar, separado de tal manera de la pared, que el espacio forma como una sacristía de nuestras iglesias. Estas reparticiones estén formadas por tabiques movibles cubiertos por delante de paño blanco y por detraes de otros comunes. El altar es portátil, rectangular, de madera, cubierto de tapices y levantado en tres gradas. A ambos lados hay una grada que se puede abrir para poner dentro las alfombras. Por detrás se abre una puerta en el altar para contener los ornamentos sagrados. Sobre el altar hay un tabernáculo en forma de campana, cubierto con un velo blanco muy fino, que por delante se cierra con dos broches de metal. Por la parte de arriba tiene un remate para ser removido. A ambos lados del tabernáculo hay candeleros de varios brazos con mechas para encender. Todo el altar está cubierto por un dosel que llega hasta un poco más abajo que la altura del altar. La parte superior del trono forma como un nicho sostenido por una figura que representa a un Sumo Sacerdote revestido y que parece sostener, por cinco anchas cintas, todo el dosel. Esta figura fue bordada por las santas mujeres y tiene sobre la cabeza un triángulo; mira por la abertura del dosel hacia abajo y con una mano bendice y con la otra sostiene las cintas del dosel. Detrás está el dosel fijo, pero los lados pueden correrse y cerrar por delante el altar y el tabernáculo. Desde el altar hasta el púlpito hay un espacio suficiente para los apóstoles y discípulos, para cantar, como en coro, los salmos y para la oración.

Desde la Resurrección he visto a los apóstoles y a los discípulos todos los días reunidos para el canto del coro y la oración en el Cenáculo. Los apóstoles están de pie, a ambos lados del Santísimo, y los discípulos a los lados de las galerías. Cantan y rezan, alternándose como en el coro. A Nicodemo, José de Arimatea y Obed los veo siempre allí con los discípulos. María Santísima está generalmente debajo de la entrada del vestíbulo con la mirada hacia el Santísimo. Lleva su manto blanco muy amplio y se cubre la cabeza con el velo. Jesús les enseñó y ordenó este modo de cantar y de orar, cuando les descubrió el misterio de la oración, en la ocasión de la pesca milagrosa y cuando se apareció en el Cenáculo y le mostró las llagas a Tomás. He visto aparecer a Jesús en medio de ellos una vez que estaban, antes de la aurora, reunidos para el canto de los salmos. Se reunían dos veces al día para este fin: por la tarde hasta entrada la noche y por la mañana antes de la aurora. Después del púlpito este el espacio cerrado con una reja para el resto de los fieles; a través de estas rejas se da la comunión, casi

como en las rejillas de los conventos. A ambos lados del púlpito hay entradas por las cuales vienen los apóstoles para la oración y el canto. A los fieles los veo con cierto orden en la iglesia, separados los hombres de las mujeres.

Veo a los apóstoles y discípulos ir en procesión, desde el Cenáculo hasta la nueva iglesia de la antigua sinagoga, Levando el Santísimo Sacramento. Primero vi a Pedro instruyendo, rodeado de unos veinte hombres, debajo del portón del patio, a la muchedumbre que le escuchaba: habló con mucho entusiasmo y ardor. He visto que acudieron algunos judíos malintencionados para estorbar el acto, pero no lo consiguieron. Después se dirigieron a la nueva iglesia de la piscina. Pedro llevaba el Santísimo Sacramento en un cáliz, delante del pecho, sostenido con ambas manos, cubierto con un velo blanco y dentro de una especie de bolsa que colgaba de su cuello. Le seguían los apóstoles y María Santísima con las otras mujeres y los discípulos. Se veía en algunas partes cubierto el camino con tapices y alfombras, y cerca de la piscina formaban una techumbre. Pusieron el Santísimo sobre el altar, en el nuevo tabernáculo. Tenían allí el recipiente lleno de panes bendecidos. El piso de la nueva iglesia está cubierto de tapices como el del Cenáculo: por eso van descalzos por la iglesia. El Santísimo Sacramento está en pequeñas porciones o bocados en un recipiente, cuya cubierta se puede retirar. Estos bocados estaban dispuestos sobre una plancha que cubría el fondo del recipiente, el cual, por medio de una manija, se podía extraer para tomar con comodidad los bocados colocados muy atrás.

XIX

Pedro celebra la primera Misa en el Cenáculo

Al octavo día después de la fiesta de Pentecostés he visto a los apóstoles toda la noche en actividad y en oración en la sala del Cenáculo. Al amanecer, los vi ir al templo con muchos discípulos se Allí se dirigió también la Virgen María con las santas mujeres. Me parece que se celebraba una fiesta, pues veo un arco de triunfo delante de la entrada del templo y en este arco una figura con una espada victoriosa.

Ahora veo a Pedro debajo de este arco de triunfo, enseñando delante de muchos oyentes con encendido celo y entusiasmo. Declaró resueltamente que ningún tormento, ni azotes ni aun la cruz los podrían retener de predicar a Cristo públicamente. Entró en el templo y ocupo el sillón donde Jesús enseñó. Oí que una vez todos los apóstoles y los discípulos exclamaron: "Si" con voz sonora y clamorosa, atestiguando las palabras de Pedro. Cuando, luego, los vi en oración, vino una nube luminosa sobre el templo, y sobre ellos una llama tan brillante que las lamparas del templo parecían oscuras y rojizas en su comparación. Hacia las ocho de la mañana abandonaron el templo, se ordenaron en una procesión en el pórtico de los gentiles, y marcharon los apóstoles primero, luego los discípulos, los bautizados y los convertidos. Se dirigieron al mercado de los animales, de allí a la puerta de las ovejas, al valle de Josafat, y por último al monte Sión y al Cenáculo. La Virgen María había abandonado el templo con las santas mujeres y este ahora hincada delante del Santísimo, en el Cenáculo, en oración. La Magdalena este en el vestíbulo, ya orando de pie, ya hincada, ya postrada con el rostro en tierra y los brazos extendidos. Las otras mujeres están en las habitaciones de Bethesda, donde viven de a dos y se ocupan en lavar y preparar los vestidos que eran repartidos entre los bautizados.

Cuando la procesión llegó al Cenáculo, los nuevos convertidos fueron detenidos en el vestíbulo del Cenáculo y convenientemente ordenados allí. Pedro y Juan entraron y acompañaron a la Virgen María hasta la puerta del vestíbulo. María tenía su vestido de solemnidad; llevaba su largo manto blanco cuya parte interior, doblada, estaba bordada. Sobre el velo tenía una especie de corona de seda de donde pendían dos cintas largas.
Pedro habló a los convertidos y los entregó a María como a su Madre: los hacía venir de a grupos de a veinte ante la Virgen, la cual les daba afectuosamente la bendición, recibiéndolos así por hijos.

Después de esto comenzó una solemne función en el Cenáculo. Las puertas laterales y las del vestíbulo estaban abiertas. En el altar, sobre el Santísimo, veíase una corona muy adornada, y brillaban lámparas a los lados del cáliz de la última Cena, que estaba algo más alto, cubierto con un velo blanco. Había en el altar otro cáliz más pequeño y los panes, ambos cubiertos, y detrás un plato con un recipiente de vino y otro de agua. Retiraron el plato mientras el recipiente de vino fue colocado a un lado y el del agua al otro.

Pedro estaba revestido con sus ornamentos de Obispo y celebraba la Misa; Juan y Santiago el Menor le ayudaban. He visto que Pedro procedía como yo había observado en la Cena a Jesús en la institución del Santísimo Sacramento. Hubo allí el ofrecimiento, el poner el vino y agua, el lavarse las manos y la consagración. El vino y el agua se echaron por diferentes lados. De un lado del altar había rollos para la oración escritos a dos columnas. Los rollos estaban sujetos a una especie de atril con una espita por arriba y por abajo. Cuando una hoja estaba leída, se la pasaba sobre el atril para continuar la lectura del otro rollo. Cuando Pedro hubo comulgado, dio la comunión a los dos ministros, bajo la especie del pan y con el cáliz. Después Juan dio la comunión, primero a la Virgen María, luego a los apóstoles y a los seis discípulos, quienes recibieron a continuación la ordenación sacerdotal, Después distribuyeron la comunión a muchos otros. Los comulgantes se hincaban teniendo delante una tela blanca delgada que sostenían dos por los extremos de la misma. No todos bebieron del cáliz. Los seis discípulos que iban a ser ordenados estaban delante, entre los apóstoles. María trajo los ornamentos para ellos y los puso sobre el altar. Estos ordenandos fueron: Zaqueo, Natanael, José Barbases, Bernardo, Juan Marcos y Eliud, un hijo del anciano Simeón. Se hincaron delante de Pedro, el cual habló y leyó en un rollo pequeño. Juan y Santiago tenían luces en las manos y ponían sus manos sobre los hombros mientras Pedro las ponía sobre la cabeza. Pedro les cortó una parte de sus cabellos, los cuales fueron puestos en un plato sobre el altar; los ungió con oleo de un recipiente que Juan sostenía, en los dedos y en la cabeza; luego recibieron las vestiduras y la estola, en parte al través bajo los brazos y en parte cruzada sobre el pecho. Todo el ceremonial fue más breve de lo que se hace al presente, pero muy solemne. Pedro bendijo a toda la comunidad al fin de la ceremonia con el gran cáliz de la última Cena, sobre el cual estaba depositado el Santísimo Sacramento.

María y las santas mujeres salieron para ir a la iglesia de Bethesda. Los apóstoles, los discípulos y los convertidos se dirigieron en procesión hacia ella llevando ramas verdes y cantando salmos. María oró delante del altar del Santísimo y Pedro predicó desde el púlpito dando normas para la nueva comunidad; que nadie tenia que poseer más que otro, que todo se repartiría y que debía socorrerse a los pobres que fueran viniendo. Sus palabras fueron una acción de gracias por los beneficios que el Señor hacia a la nueva comunidad. Después se pasó a los bautismos. Varios apóstoles estaban ocupados en esta tarea. El bautizando tocaba el pilón de agua de la piscina, inclinando la cabeza sobre él, mientras Pedro, que se había puesto una especie de delantal sobre su vestidura, dirigía el agua sobre la cabeza tres veces, pronunciando las palabras. Dos ya bautizados ponían las manos sobre el nuevo bautizando. A menudo veía yo descender sobre los bautizados una nube luminosa o a veces venir sobre ellos como un rayo de luz. Veía a los bautizados como maravillosamente esforzados, esclarecidos, cambiados y transformados. Era conmovedor el ver como venían gentes de todas partes dejando todo lo que tenían, para juntarse a la comunidad de los apóstoles. A la orilla de la piscina ardía una antorcha como las que yo veía con los pastores que guardaban el ganado la noche de Navidad.

Por la tarde hubo una comida en el vestíbulo del Cenáculo a la cual también asistieron la Virgen María, José de Arimatea, Nicodemo y Lázaro.

XX

Ordenación de los siete diáconos

Los bautizados desde Pentecostés fueron reunidos en la iglesia de Betesda e instruidos por seis apóstoles revestidos de largas vestiduras blancas, sobre el Santísimo Sacramento y el modo de recibirlo. Recibieron la comunión en esta iglesia de Betesda durante la santa Misa que celebró Pedro, asistido por dos apóstoles. Pedro llevaba sobre su vestidura blanca y su ancho cinturón, del cual descendían dos amplias bandas, un rico manto extraído de la parte hueca interior del altar. Era un manto rojizo con adornos de oro, amplio como un cuello, más largo por detrás y terminado por delante en punta; caía sobre los hombros tan bajo que de los lados sólo se podía ver el cinturón. Delante del pecho estaba cerrado y sujeto con tres broches como escudos. El escudo del medio tenia bordada una figura con un pan en la mano; el inferior tenía, hacia la punta del manto, el dibujo de una cruz. A ambos lados del hombro había un adorno de piedras preciosas.

El altar tenía una tela colorada, sobre ella otra blanca casi transparente con puntillas y en el medio un paño como un corporal. Sobre una fuente ovalada estaban depositados muchos panecillos delgados, blancos y señalados ya con ranuras por donde debían partirse. Cerca había un amplio tazón con pie, como un cáliz, para colocar los panes consagrados por Pedro, y repartilos en la comunión a los fieles. Además estaba sobre el altar el cáliz de la última Cena, lleno de vino. Cuando Pedro pronunció en la Misa las palabras de la consagración sobre el pan y el vino, vi a los panes brillando y sobre el altar una nube luminosa de la cual salía una mano que bendecía, con la de Pedro, moviéndose sobre el pan y el vino. Esta mano desapareció cuando todos se disolvieron. Los apóstoles y los discípulos recibieron la comunión después que hubo comulgado Pedro. Cuando se vaciaba el platillo de los panes volvía Pedro a llenarlo del recipiente que estaba sobre el altar. El cáliz fue presentado a los apóstoles y luego a todos. Los fieles que comulgaron eran tantos que no cabían en la iglesia y muchos quedaron en la puerta y afuera. Los que habían comulgado dejaban lugar para los que estaban afuera. No se hincaban para recibir la comunión: solo se inclinaban con reverencia.

Antes de la elección de los siete diáconos he visto a Pedro reunido con los apóstoles en el Cenáculo. Los apóstoles rindieron a Pedro homenaje y acto de sumisión. Lo llevaron delante del Santísimo, donde Juan le puso la capa magna; otro la mitra sobre la cabeza y otro le dio el báculo. Después que recibieron la comunión de mano de Pedro, éste habló con sus vestiduras sagradas, rodeado de los demás apóstoles, a todos los discípulos y a los nuevos convertidos. Entre otras cosas dijo que no era conveniente que se dejase la palabra de Dios y la predicación para atender a la distribución de los alimentos y de los vestidos. Lázaro, Nicodemo y José de Arimatea no se ocuparían ya del cuidado de los bienes materiales de la comunidad, pues eran sacerdotes. Habló algo más sobre el orden en el cuidado de los huérfanos, de las viudas y de la distribución de las limosnas. Esteban, un joven de bello aspecto, se adelantó y se ofreció para algún oficio. Entre los demás he reconocido a Pármenas, uno de los más provectos en edad. Había algunos algo morenos y bastante jóvenes, que no habían recibido aun el Espíritu Santo. Pedro les impuso las manos y les colocó la estola cruzada. Sobre aquéllos que no habían

recibido aun el Espíritu Santo vi que descendió una luz. Luego he visto como se les hizo entrega de los bienes de la comunidad a los siete diáconos y como se destinó la casa de José de Arimatea para depósito de estos bienes comunes. Esta casa no estaba lejos de la de Juan Marcos, que ayudaba a los diáconos en sus tareas. Estas provisiones fueron transportadas en asnos a la nueva casa. Había algunas monedas que eran como hojas delgadas enroscadas unas con otras; otras eran timbradas, prensadas y ensartadas como en cadenas, y otras eran hijitas ovales delgadas. La mayor parte de las provisiones consistían en grandes paquetes de ropa, telas, mantas, vestidos y muchos utensilios de cocina y de comedor.

Al día siguiente de la entrega de la casa de José de Arimatea vi a los apóstoles en diversas partes de la Judea. Pedro obraba más milagros que los demás. Echaba demonios de los posesos, resucitaba muertos y hasta he visto a un ángel, delante de el, que iba a las gentes y les decía que hicieran penitencia y fueran a presentarse a Pedro. He presenciado también la curación del tullido. Eran las tres de la tarde cuando vi a Pedro con Juan y otros discípulos dirigirse al templo. También María con otras mujeres fue allá. Un tullido había sido llevado en una camilla portátil delante de la puerta del templo. Pedro y Juan hablaron algunas palabras con él al subir al templo. Después he visto a Pedro, de espaldas al templo, junto al altar de los sacrificios, hablando con calor delante de muchos oyentes. Pedro ocupaba el sitio medio y tenía sobre la cabeza un pabellón extendido. Mientras duraba la predicación de Pedro he visto que los soldados ocupaban las salidas y que varios sacerdotes iban y venían hablándose entre ellos. Cuando Pedro y Juan se disponían a entrar en el templo, es cuando el tullido les pidió limosna. Este tullido estaba todo contrahecho, apoyado en el brazo izquierdo; trataba con el brazo derecho de enderezarse algo con su muleta, sin conseguirlo. Pedro le dijo entonces: “Miranos". Luego añadió: "Yo no poseo oro ni plata; pero te doy lo que tengo. En nombre de Jesucristo de Nazaret, levantate y camina". Así diciendo, Pedro le levantaba sosteniendo su mano derecha, mientras Juan lo hacía por debajo del hombro. Se irguió el tullido todo contento, completamente restablecido en sus fuerzas, y entró saltando y brincando por las galerías del templo. Había once sacerdotes judíos allí sentados, y cuando oyeron el tumulto estiraron sus cuellos para observar de donde venia el desorden. Cuando vieron al tullido sano y a la turba jubilosa que le rodeaba, creyeron prudente alejarse. Pedro y Juan se acercaron al antevenir y el primero ocupo el sillón de enseñanza, que estaba en el mismo lugar donde Jesús a los doce años contestaba a los doctores de la ley. El tullido se acercó a Pedro y permaneció delante de él, escuchando, rodeado de muchos judíos y bastantes extranjeros que habían venido a las fiestas. Pedro siguió enseñando largo tiempo, muy entusiasmado. Cuando se hizo oscuro he visto que los soldados prendieron a Pedro, a Juan y al tullido y los metieron en la corcel, precisamente en el patio del juzgado donde Pedro había antes negado a Jesús. Al día siguiente los soldados del templo sacaron a Pedro, a Juan y al tullido de la corcel y, con malos tratos, los llevaron ante Caifás y los demás sacerdotes reunidos. Pedro estaba en la misma grada donde había estado el divino Maestro. Pedro habló con calor; luego he visto que los dejaron libres.

Los demás apóstoles y discípulos habían pasado la noche en continua oración por los que estaban en la prisión. Cuando Pedro y Juan, vueltos del juicio, contaron lo que les había sucedido, se alegraron grandemente y dieron gracias a Dios. Mientras esto sucedía, tembló de nuevo toda la casa, como había sucedido el día de Pentecostés. Quería el Señor significar con ello que estaba en medio de sus apóstoles y que había

oído sus oraciones. Habló Santiago el Menor y dijo que el Señor le había dicho a él solo, en la aparición del monte de Galilea, que después que Pedro y Juan subieran al templo y fueran tomados presos y soltados, a partir de ese momento debían mantenerse más ocultos. Tomando en consideración este aviso del Señor a Santiago, cerraron las puertas de la casa. Pedro tomo el Santísimo Sacramento en una especie de bolsa colgada del cuello y con los demás apóstoles y discípulos se retiraron a Betania. Se dirigieron ella en tres grupos. María Virgen los siguió a Betania. Allí enseñaron con calor varios apóstoles; unos en el albergue de los discípulos; otros en la casa de Simón el leproso, y otros en casa de Lázaro.

Más tarde volvieron a Jerusalén, siempre más resueltos y más decididos. Pedro enseñó en el Cenáculo y luego en Betesda; dijo que ahora comenzaba un tiempo en que se mostraría quien había recibido de veras el Espíritu Santo enviado por Jesús. "Comenzó el tiempo, dijo, de obrar y de sufrir persecución, de dejarlo todo por Cristo. Quien no se sienta resuelto a estos sacrificios, que se aleje desde ya de la comunidad". Vi, en efecto, que aquí, en Betesda, se alejaron un centenar de personas de las que se habían agregado últimamente a la comunidad cristiana. Cuando más tarde Pedro, Juan y otros siete apóstoles entraron en el templo y empezaron a enseñar, he visto que habían colocado una muchedumbre de enfermos en el valle de Josafat, traídos en camillas portátiles. Otros estaban bajo tiendas de campaña y otros esperaban en el patio de los gentiles en los alrededores del templo. He visto especialmente a Pedro sanar enfermos sin cuento. Los otros lo hacían algunas veces; pero la mayor parte de las veces ayudaban a Pedro. Pedro sanaba mayormente a los que eran creyentes y que deseaban incorporarse a la comunidad. En los lugares donde los enfermos estaban puestos en dos hileras, veía yo que sanaban no sólo los que el apóstol tocaba o levantaba, sino también los del lado contrario, por la sola sombra de su persona.

XXI

María Santísima se retira con San Juan a Éfeso

Esteban fue apedreado cerca de un año después de la crucifixión de Jesucristo. Con todo no hubo en seguida persecución a los apóstoles; sólo las comunidades de Jerusalén fueron disueltas, los cristianos dispersados y algunos también muertos. Pocos años después se levantó de nuevo una persecución. Por este tiempo María Santísima, que había vivido hasta entonces en la pequeña habitación junto al Cenáculo o en Betania, se hizo llevar por el apóstol Juan a Éfeso, donde habían ido a vivir ya algunos cristianos. Sucedió esto poco tiempo después que Lázaro y sus hermanas fueron prendidos por los judíos y entregados a la mar en una mala embarcación.

Juan volvió después a Jerusalén donde estaban reunidos los demás apóstoles. Santiago el Mayor fue de los primeros que, después del reparto del mundo, abandonó Jerusalén y se dirigió a España, Lo he visto primero en las cercanías de Belén donde se ocultó antes de partir. Desde la cueva de Belén salía por el país con algunos compañeros para predicar al Evangelio. Los judíos vigilaban a los apóstoles, pues no querían que salieran del país. Santiago tenía amigos en Jope y así pudo embarcarse para el extranjero. Se dirigió primero a Éfeso, donde visitó a María y de allí partió a España. Poco antes de su muerte, visito de nuevo a María y a su hermano Juan en Éfeso, allí le dijo María que su muerte se acercaba y confortó y animó al apóstol para su cercano fin. Santiago se despidió de María Virgen y de su hermano Juan y se dirigió a Jerusalén. En este tiempo ocurrió el episodio con el mago Hermógenes, al cual convirtió a la fe junto con su discípulo. Santiago fue detenido varias veces y presentado ante el Sanedrín. He visto como fue prendido, poco antes de Pascua, mientras predicaba al aire libre sobre una colina. Sé que fue en este tiempo, pues veía a las gentes, como de costumbre, establecidas en los alrededores de la ciudad. Santiago no estuvo mucho en la prisión; fue juzgado en la misma casa donde Jesús, aunque al interior había cambiado algo de aspecto. Aquellos lugares que había tocado Jesús no estaban ya allí. Siempre he creído que tales lugares, santificados por Jesús, no debían ser pisados por otros. He visto que llevaron a Santiago hacia el monte Calvario: él no cesaba de predicar y convirtió a muchos en esta ocasión. Cuando le ataron las manos dijo: "Me podéis atar las manos, pero no me quitaréis la bendición de ellas y mi lengua para predicar". Un tullido del camino gritó al apóstol quisiera tocarle con sus manos para sanarle. El apóstol le contestó "Ven tú a mí y dame tu mano". Así lo hizo el tullido; se levantó, se acercó y, al tocar las manos atadas de Santiago, se halló sano. También he visto que un tal Josías, que le había denunciado y entregado a los sacerdotes, vino ahora y le pidió perdón. Se convirtió a Cristo y fue muerto junto con el apóstol. Como le preguntara Santiago si deseaba ser bautizado y contestara que ése era su deseo, Santiago lo abrazó y besó, y le dijo: "Serás bautizado en tu misma sangre". Vi también a una mujer venir a Santiago con una criatura ciega, pidiendo le diera la vista. Primeramente colocaron a Santiago sobre un lugar elevado, junto a Josías, y se le leé la sentencia. Luego lo bajaron y ataron ambas manos a una piedra, vendaron los ojos y lo decapitaron. Esto sucedió once años después de la muerte de Jesús, entre el 46 y el 47 del Nacimiento de Cristo. En la muerte de María en Éfeso no he visto a Santiago presente: otro lo representaba en esa ocasión, un pariente de la sagrada Familia y uno de los primeros de los 72 discípulos.

María murió en el año 48, trece años y dos meses después de la Ascensión del Señor. Se me mostró esto en cifras y no en números como los nuestros. Primero vi IV, luego VIII, que hacen 48; después vi XIII y dos lunas llenas.

La morada de la Virgen no estaba en Éfeso mismo, sino dos o tres horas más lejos, en una altura donde se habían refugiado otros cristianos venidos de Palestina y algunas mujeres parientes de María. Desde esta altura y Éfeso corre en muchas vueltas un arroyo. La altura termina casi a pico en Éfeso, la cual se ve, viniendo desde el Sudeste, en una altura que parece junto a ella. Delante de Éfeso veo largas avenidas de árboles con frutas amarillas, muchas en el suelo. De la ciudad partían varias sendas hacia la altura, llena de vegetación salvaje, sobre la cual había una extensión como de una hora de camino, llana y fértil, llena de arboles de sombra y muchas grutas naturales en la roca. Estas grutas habían sido utilizadas por los cristianos refugiados aquí, arregladas con tabiques y obras de madera. El conjunto ofrecía el aspecto de una pequeña población de trabajadores. Desde la altura de la montaña, que esta más cerca del mar que la ciudad, se ve el mar con sus numerosas islas y también la ciudad. No lejos de esta población se levanta un castillo donde habita un rey depuesto. Juan se entretenía con frecuencia con él y consiguió convertirlo a la fe. Más tarde este lugar fue sede de un obispado.

Entre los refugiados cristianos he visto mujeres, niños y algunos hombres. No todos estos refugiados tenían relación con María Virgen: solo veo algunas mujeres que vienen de tanto en tanto para visitarla o para ayudarla en los quehaceres domésticos. Estas mujeres atendían también a la manutención de la Virgen. La comarca estaba casi desierta; nadie subía a estos lugares y ningún camino principal conducía a ellos. La gente de Éfeso no se cuidaba de los refugiados, que estaban como olvidados. El suelo era fértil, y los cristianos tenían huertos y frutas. De animales sólo he visto cabras monteses. Antes que Juan trajese a María a Éfeso había hecho construir una casa de material como la que tenia en Nazaret, Estaba en medio de las sombras de los arboles. Se dividía en dos partes por medio del hogar. Este hogar estaba cavado en una cavidad en el suelo, junto a la pared y miraba a la entrada de la habitación. En esta pared había como unas gradas que llegaban hasta el techo. plano, donde estaba la chimenea, consistente en un cano sobresaliente. A ambos lados del hogar había tabiques ligeros que separaban la parte posterior de la habitación de María. A ambos lados de las paredes había tabiques formando celdas que se retiraban con facilidad, dejando libre todo el espacio. En estas celdas dormían la criada de María y otras mujeres que venir de visita y se hospedaban durante la noche. En los tabiques que dividían la casa había dos puertas, que llevaban a la parte posterior de la habitación, que terminaba en forma redonda y cuyas paredes estaban revestidas de maderas entrelazadas. El techo era a los lados curvado y también detrás, y adornado con figuras de plantas cavadas en la madera.

En la parte posterior de esta habitación tenía María su lugar retirado para la oración, separado del resto por una cortina. En la pared había un nicho con un recipiente como un Tabernáculo que podía abrirse, y aparecía una cruz un codo de larga, como la cruz de Cristo con los dos brazos en forma de Y. Esta cruz, muy sencilla, creo que fue hecha en parte por el apóstol Juan y por la Virgen. Se componía de varias clases de maderas: la madera principal era de ciprés; un brazo parecía de cedro; el otro, más amarillento, de palma, y la parte de arriba, con el letrero, de olivo. El madero principal estaba hincado en una piedra como se había puesto la cruz de Jesús sobre una roca del Calvario. A los

pies del Crucifijo había un pergamino donde estaban escritas algunas palabras de Cristo, cuya imagen estaba, en la cruz, no en bulto, sino grabada con lineas en la madera. A ambos lados del Crucifijo se veían dos floreros con flores. Junto a la cruz veo un paño y tengo la persuasión que es el que usó la Virgen cuando, después del descendimiento, lavó la sangre de las heridas de Jesús; pues mientras miraba yo ese paño tuve una visión de la Virgen con Jesús, tendido muerto en sus rodillas, y a la Virgen lavándole la sangre de sus llagas. Así lo hace también el sacerdote en la Misa cuando purifica el cáliz.

Una cruz semejante, pero mas pequeña, tenía la Virgen en su dormitorio. A la derecha del oratorio de María y tocando el ángulo curvo, separado por dos tabiques laterales estaba el dormitorio de la Virgen con una cortina delante, que se descorría a voluntad. Este dormitorio estaba compuesto de un lecho de madera, de la altura de un pie y medio, bastante angosto, sobre el cual estaba extendida una manta sujeta a los cuatro costados. Todo estaba cubierto con tapices con borlas hasta el suelo. Un rodete servía de almohada y de cobertor una manta. El techo de esta parte de la habitación estaba revestido de madera y del centro pendía una lampara de varios brazos. Aquí he visto a María descansando antes de su muerte, envuelta en un vestido blanco que le cubría hasta los brazos. El velo sobre la cabeza era retirado hacia arriba en pliegues. Cuando hablaba con hombres lo bajaba modestamente y sus manos las tenía descubiertas sólo cuando estaba sola. No la he visto comer en estos últimos años sino el jugo de una fruta de bayas amarillas que parecían uvas. La criada exprimía el jugo de estas bayas. Enfrente de esta celda de dormir había, a la izquierda del oratorio, un espacio para los vestidos, arreglado con maderas entrelazadas. Colgaban allí unos velos, cinturones y un manto amplio en el cual se envolvía la Virgen cuando recorría el Vía Crucis. Vi dos vestidos largos, uno blanco y otro azul celeste, y un manto de color. Era el vestido que uso cuando fue dada por esposa a José. He visto que María guardaba varios de los vestidos de Jesús, entre otros la túnica inconsútil. Entre el armario de la ropa y el dormitorio había un cortinado que separaba el oratorio. Delante de este cortinado solía la Virgen estar sentada cuando trabajaba cosiendo o bordando. En este lugar retirado y solitario vivió la Virgen los últimos años, ya que su casa estaba retirada de las demás a una distancia de un cuarto de hora. Vivió sola, con una criada, que le traía lo poco que necesitaba para su sustento. No vivía allí ningún hombre. Juan venia de tanto en tanto y a veces algún apóstol o discípulo.

Una vez he visto entrar en la casa a Juan, que mostraba tener más edad. Era un hombre esbelto y usaba una vestidura larga, en pliegues, con un cinturón. Se quitó esta vestidura al entrar y se puso otro vestido con letras bordadas. En el brazo se colocó un manípulo. La Virgen estaba en su aposento y fue llegándose a Juan acompañada por su criada. La Virgen tenía un vestido blanco y me pareció muy débil. Su rostro era casi transparente y blanco como nieve, Me parecía que desfallecía por el ansia. Toda su vida fue, desde la Ascensión de Jesús, un continuo suspirar y un ansia que la iba consumiendo. María se acercó con Juan a su oratorio; allí descubrió, tirando de una cinta, el tabernáculo donde estaba su Crucifijo, delante del cual, hincados, rezaron largo tiempo. Luego Juan se levantó y sacó de un recipiente de metal un envoltorio de lino fino, donde estaba guardado un panecillo cuadrado, blanco, entre dos blancas telas: era el Santísimo Sacramento con el cual Juan dio la Comunión a María, acompañada de algunas palabras. No le presentó el cáliz en esta ocasión.

XXII

El Via Crucis de María en Efeso. Visita a Jerusalén

En las cercanías de su vivienda había dispuesto y ordenado María Santísima las estaciones del Vía Crucis. La vi al principio ir sola por las estaciones de este camino midiendo los pasos dados por su divino Hijo, que tenía anotados desde Jerusalén. Según los pasos que contaba, señalaba el lugar con una piedra y sobre esta piedra la vi escribir lo sucedido en la Pasión del Señor y anotar el número de pasos hasta este lugar. Si encontraba un árbol en el camino, señalaba el paso de la Pasión en el árbol mismo. Había señalado doce estaciones. El camino llevaba al final a un matorral y el santo sepulcro estaba señalado en una gruta. Después que hubo señalado estas doce estaciones, vi a la Virgen María, silenciosa, ir recorriendo con su fiel criada esos pasos de la Pasión del Señor, meditando y orando. Cuando llegaban a una estación, se detenían, meditaban el misterio de la estación y oraban. Poco a poco este Vía Crucis fue mejorado y arreglado y Juan hizo poner mejor las piedras recordatorias con sus inscripciones. La gruta también fue agrandada, adornada convenientemente y transformada en lugar de oración. Las piedras estaban en parte enterradas en el suelo, cubiertas de vegetación y de flores y cercadas en torno. Eran de mármol blanco liso. No he podido medir el grueso de esas piedras por las plantas que cubrían la parte inferior. Los que hacían el Vía Crucis llevaban un asta con una cruz como de un pie de alto; clavaban esta asta en una hendidura de la piedra y se hincaban delante para rezar, si es que no se echaban de cara al suelo, meditando y orando. Las sendas en torno de las piedras eran bastante anchas de modo que podían ir por ellas dos personas a la vez. Conté doce de estas piedras, las cuales, terminado el acto, se cubrían con una estera. Las piedras eran más o menos iguales y en los lados tenían escritas letras hebreas; los lugares donde estaban las piedras eran de diversas dimensiones. La estación primera, el Getsemaní, la formaba un vallecito con una pequeña cueva donde podían estar hincadas varias personas.
La estación del Calvario no estaba en la gruta sino en una colina.
Para ir al sepulcro se pasaba la colina; luego al otro lado de la piedra recordatoria, en una hondonada y al pie de la colina, a la gruta del sepulcro, donde María Santísima más tarde fue colocada. Creo que esta gruta existe todavía bajo los escombros y que un día ha de ser descubierta.

Cuando la Virgen hacía el Vía Crucis llevaba un sobrevestido que llegaba en pliegues hasta los pies. Se ponía sobre los hombros y se cerraba debajo del cuello con un broche. Llevaba un cinturón y cubría así el vestido interior. Me parece que era un vestido de grandes solemnidades, al uso de los judíos, porque lo he visto usado también por Ana en algunas ocasiones. Sus cabellos estaban ocultos en una especie de gorro de color amarillo, que llegaba hasta la frente y caía detrás con sus pliegues recogidos. Un velo negro de tela fina le llegaba hasta los hombros. En esta forma la he visto recorrer el camino de la Pasión. Había llevado este vestido en la Crucifixión de Jesús, oculto bajo el vestido de luto que la cubría, y ahora se lo vuelve a poner todas las veces que hace el Vía Crucis. En casa se pone este vestido para los quehaceres diarios.

La Virgen María tenía ya mucha edad, pero no llevaba otras señales de vejez que un ansia grande que la transformaba y la espiritualizaba cada vez más. Estaba de ordinario seria, de modo que nunca la vi riendo. Cuando mas avanzaba en edad se volvía más transparente, se esclarecía su rostro. No tenía arrugas en la cara ni en la frente, aunque aparecía demacrada; ni renales de decrepitud: era como un espíritu en su modo de ser. He visto una vez a la santa Virgen haciendo el Vía Crucis con otras cinco mujeres. Ella precedía; me pareció muy débil, blanca y como traslucida. Era conmovedor ver ese rostro angelical. Me pareció que hacia este camino de la Pasión por última vez. Entre estas santas mujeres que rezaban con María estaban algunas que ya desde el primer año de Jesús le eran adictas. Una era sobrina de la profetisa Ana. Antes del bautismo de Jesús yo la había visto yendo una vez a Nazaret con la Verónica. Esta mujer estaba emparentada con la Sagrada Familia, por Ana, la profetisa, que era parienta de la madre de María y más cercana aun de Isabel, hija de la hermana de ésta. Otras de las mujeres que vivían cerca de María y que yo había visto también ir a Nazaret, antes del bautismo de Jesús, era una sobrina de Isabel, llamada Mara, también emparentada con la Sagrada Familia. Ismeria, madre de Ana, tenía una hermana de nombre Emerencia que tuvo tres hijas: Isabel, madre del Bautista; Enué, que estaba en casa de Ana cuando nació María Virgen, y Rode, madre de esta Mara. Rode había contraído matrimonio lejos de su familia. Vivió primero cerca de Siquem, luego en Nazaret y después junto al monte Tabor (Kessuloth). Además de Mara, tuvo otras dos hijas, una de las cuales era madre de unos discípulos de Jesús. Uno de los dos hijos de Rode fue el primer marido de Maroni, la cual, al quedar viuda y sin hijos, casó con Eliud, sobrino de la madre de Ana y se estableció en Naipe, donde enviudó por segunda vez. De este Eliud tuvo el hijo a quien resucito Jesús. Este niño fue más tarde discípulo de Jesús y se llamó Marcial. Mara, hija de Rode, que estuvo presente en la muerte de María, se había casado en la vecindad de Belén. Natanael, el novio de Caná, era, según creo, un hijo de esta Mara, y en el bautismo recibió el nombre de Amator. Tenía otros hijos y todos fueron más tarde discípulos de Jesús.

Después que la Virgen María hubo vivido tres años en el retiro de Éfeso sintió gran deseo de ver los lugares santos de Jerusalén. Juan y Pedro la condujeron a esa ciudad. Estaban reunidos allí varios apóstoles: recuerdo haber visto a Tomás. Creo que era un concilio. María les ayudaba con sus consejos. A su llegada la he visto, al anochecer, antes de entrar en la ciudad, ir al Huerto delos Olivos, al Calvario, al santo Sepulcro· y visitar los santos lugares de Jerusalén. La madre de Dios estaba tan angustiada y desfallecida, que apenas podía ya andar. Pedro y Juan la sostenían por momentos. Un año y medio antes de su muerte la he visto de nuevo visitar los lugares santos de Jerusalén. Estaba entonces muy triste y suspiraba siempre, diciendo: ";Oh, Hijo mío! “Oh, Hijo mío!". . . Cuando llegó a aquella puerta donde cayó Jesús con la cruz, se sintió tan agobiada. que cayó en desmayo. Creyeron los acompañantes que iba a morir, y la llevaron al Cenáculo que aun existía, y allí vivió algún tiempo en la pieza junto al Cenáculo. María estuvo varios días tan débil y postrada que se creía iba a morir; por eso se pensó en prepararle un sepulcro. María misma se eligió una cueva en el Huerto de los Olivos y los apóstoles le prepararon un hermoso sepulcro por medio de un trabajador cristiano. Algunos pensaron que había ya muerto. Así se esparció la noticia de su muerte también en el extranjero. Pero la Virgen se recobró de ese estado de postración, y cobró nuevas fuerzas, de modo que pudo emprender el viaje de vuelta a Éfeso. Murió allí después de año y medio de su llegada. El sepulcro preparado en el huerto fue tenido en honor, y más tarde se edificó una

iglesia sobre él. San Juan Damasceno, así se me dijo en visión, escribió, según había oído decir, que murió en Jerusalén y fue sepultada allí mismo.

He visto que fue voluntad de Dios dejar inciertos la muerte, el lugar de su sepultura y su Asunción a los cielos en aquellos tiempos primitivas de creencias incipientes, para no dar motivo a que hicieran de la Madre de Dios una diosa, como había tantas en las mitologías paganas.

XXIII

Llegada de los apóstoles para la muerte de María Santísima

Cuando la Virgen María sintió acercarse su fin sobre la tierra llamó en oración, según se lo había encargado Jesús, a los apóstoles junto a su lecho. Tenia ahora 63 años de edad. Cuando nació Jesús tenía sólo 15 años. Antes de su Ascensión, Jesús había enseñado a María, en la casa de Lázaro en Betania, como debía llamar a los apóstoles junto a sí y darles su última bendición que debía serles de gran provecho. Le encargó también diversos trabajos espirituales, cumplidos los cuales debían verse satisfechos sus vehementes deseos de reunirse con Jesús en el cielo. En esa ocasión Jesús había mandado a Magdalena que debía vivir en la soledad allá adonde la llevarían y a Marta que debía vivir en una comunidad de mujeres, y que Él, Jesús,estaría siempre con ellas.

Mediante la oración de María, los ángeles recibieron el encargo de avisar a los apóstoles dispersos que se juntaran en Éfeso junto a la Virgen María. He visto que los apóstoles tenían erigidas en todas partes pequeñas iglesias provisorias de maderas entrelazadas o chozas de barro blanqueadas, hechas en la forma como veo la casa de María y su oratorio, es decir, por detrás terminadas en triángulo. tenían altares para los divinos oficios. Los largos viajes que hicieron no fueron sin especial ayuda de Dios. Aunque ellos no lo sabían explicar, yo veía que muchas veces hacían viajes imposibles sin ayuda sobrenatural. Los he visto muchas veces caminar entre multitud de paganos sin ser vistos por ellos. Los prodigios que he visto obrar en sus misiones se me presentan algunos algo diferentes de lo que se sabe por los libros que los narran. Obraban en todas partes según las necesidades de los diversos pueblos. Los he visto llevar huesos de los profetas o de algunos primeros mártires y tenerlos delante de sí en la oración y en la celebración de los oficios divinos. Pedro estaba, cuando fue avisado de ir a Éfeso, con otro apóstol en Antioquía. Andrés, que había estado hacia poco en Jerusalén, donde fue perseguido, no estaba lejos de Pedro. He visto a Pedro y a Andrés en varios lugares, de camino, no lejos uno del otro. Descansaban de noche en lugares abiertos de los países cálidos. Pedro estaba recostado junto a una pared cuando vi venir al ángel, que le tomó de la mano y le dijo que se levantase y partiese adonde estaba la Virgen esperándole y que en el camino encontraría a Andrés, su hermano. Pedro, que ya era de edad y postrado por los trabajos, se enderezó sobre sus rodillas, apoyándose en las manos y escuchó al ángel que le hablaba. Luego se puso de pie, echóse el manto encima, tomo su bastón y se encamino hacia afuera. Pronto se encontró con su hermano Andrés que había tenido la misma visión. De camino encontraron a Tadeo, quien dijo haber recibido también aviso del ángel. Así llegaron a Éfeso, donde hallaron a Juan. Judas Tadeo y Simón se encontraban en Persa cuando recibieron el aviso del ángel. El apóstol Tomás era de pequeña estatura y de barba rojiza; estaba más lejos que todos, y llegó después de la muerte de María. Cuando el ángel le avisó, estaba el apóstol orando en una choza de barro y caña. Con un compañero muy sencillo lo he visto navegando los mares en una pequeña embarcación. Luego atravesó la comarca, sin entrar en ciudad alguna. Venía un discípulo con él. Tomás estaba en la India cuando recibió el aviso. Se había propuesto, antes de recibir el aviso, penetrar en la Tartaria, y no podía resolverse a dejar su proyecto. Tenia el carácter de querer hacer siempre demasiado y así llegaba a veces tarde. Se internó más al Norte, a través de China, en las comarcas de Rusia. Aquí le

alcanzo el segundo aviso y entonces se dirigió a Éfeso. El criado que tenía consigo era un tártaro, a quien había bautizado. Tomás no volvió a la Tartaria después de la muerte de María. Fue traspasado por una lanza en la India, adonde había vuelto. He visto que en estas comarcas levantó una piedra de recuerdo. Sobre ella había orado de rodillas, dejando la impresión encima. Dijo que cuando el mar llegase hasta esa piedra vendría otro misionero a predicar aquí la fe (*San Francisco Javier*).

Juan había estado hacia poco en Jericó, pues iba con cierta frecuencia a Tierra Santa, aunque vivía de ordinario en Éfeso y en los alrededores. A Bartolomé lo he visto en Oriente, en el Asia. Era un hombre de bello aspecto y muy arriesgado. Su rostro era blanco; tenia la frente ancha, ojos grandes, cabellos negros y encrespados y barba partida en dos. Había convertido a un rey y a su familia cuando recibió el aviso. Cuando volvió a ese país, fue martirizado por un hermano del rey convertido. El apóstol Pablo no fue llamado, pues lo fueron solo aquéllos que habían conocido o eran parientes de la Sagrada Familia.

Pedro, Andrés y Juan fueron los primeros en llegar a la casa de la Virgen María, la cual, próxima ya a la muerte, estaba tendida en el lecho de su celda. He visto que la criada de María se afligía: en un rincón y aun delante de la casa se echaba de cara al suelo, orando con grande aflicción y tristeza con los brazos levantados. He visto acudir a dos parientes próximos de María y a cinco discípulos. Todos parecían muy cansados. Tenían bastones de viaje. Estos discípulos llevaban debajo del manto con capucha, la vestidura blanca de sacerdotes, cerrada por delante con cuerdas de cuero, formando rodetes como botones. Las capas y estas vestiduras sacerdotales eran recogidas hacia arriba cuando estaban de viaje. Algunos traían bolsos colgados de la cintura, Al encontrarse se abrazaron con mucho afecto. Algunos lloraban de alegría y de emoción al verse reunidos otra vez. Al entrar dejaban sus capas, bastones, bolsos y cinturones; sus largas vestiduras blancas les caían en pliegues hasta los pies. Ahora se ponen un cinturón ancho que tiene letras hebreas bordadas. Luego se acercaron con reverencia al lecho de María para saludarla. La Virgen pudo decir pocas palabras. No he visto a estos viajeros tomar otro alimento que un liquido que bebían en recipientes que llevaban consigo. No dormían en la casa, sino afuera, en tiendas que se improvisaban junto a las paredes exteriores de la misma casa, con telas, mimbres y maderas entrelazadas y cubiertas con esteras.

He visto que los primeros en llegar arreglaron, en la parte anterior de la casa, un lugar para celebrar la Misa y orar. Se preparó un altar con tela roja y encima otra blanca donde colocaron un Crucifijo que parecía de madreperla. La cruz era como la de Malta. Esta cruz era como un relicario, pues se podía abrir y tenia cinco compartimentos en forma de la misma cruz. En uno, el del medio, estaba el Santísimo Sacramento; en los otros estaban dispuestos el crisma, el aceite, el algodón y la sal. Era de apenas un palmo de largo y lo llevaban los apóstoles en sus viajes colgado del cuello. Con este recipiente trajo Pedro la Comunión a María. Los demás apóstoles y discípulos se dispusieron en dos hileras desde el altar hasta el lecho de la Virgen y se inclinaron profundamente al paso del Sacramento. El altar, donde se veía también un atril con rollos de las Escrituras, no estaba en el medio de la sala, donde se hallaba el hogar, sino al lado derecho de la pieza, y era removido al dejar de usarse. Cuando los apóstoles se reunieron para despedirse, se había removido el tabique de separación. Los apóstoles llevaban sus largas vestiduras blancas con el ancho cinturón con letras. Los discípulos y las santas mujeres estaban alineados a los lados. He visto que la Virgen María estaba en

su lecho sentada, y que cada apóstol venia y se hincaba, y que María oraba, y con las manos cruzadas sobre la cabeza, los bendecía. Lo mismo hizo con los discípulos y las santas mujeres. Una, que se inclinó mucho sobre ella, fue abrazada. Cuando se acercó Pedro, he visto que tenía un rollo de Escritura en las manos. Habló la Virgen María a todos, en general; y esto lo hizo según lo que le había mandado Jesús en Betania. He visto también que dijo a Juan cómo debían hacer con su cuerpo y que debía repartir los vestidos que quedaban a la criada y a las otras mujeres que a veces venían a ayudarla. Sentalo hacia el armario; he visto que la criada fue allá, abrió y volvió a cerrar.

XXIV

Tránsito y sepultura de María

Se colocó el altar, de rojo y blanco, delante de la Cruz del oratorio. Pedro dijo la Misa tal como yo lo había visto hacer en el altar de Betesda. Sobre el altar ardían velas y no la lámpara. María se mantuvo sentada en su lecho durante el acto, en silencioso recogimiento. Pedro llevaba sobre su vestidura sacerdotal blanca, un palio rojo y blanco y la gran capa. Los cuatro apóstoles que le asistían estaban revestidos de sus capas de fiesta. Después de comulgar, Pedro dio la Comunión a los demás. Durante este acto llegó Felipe, que venía de Egipto. Recibió lloroso la bendición de María y luego, también, la santa Comunión.

Pedro llevo la Comunión a la Virgen María en la cruz que colgaba del cuello del apóstol. Juan le llevó sobre un platillo el sagrado cáliz. Este cáliz era pequeño, de color blanco, como fundido, y se parecía al de la última Cena. Su pie era tan corto que sólo con dos dedos se podía sostener, Tadeo traía un pequeño incensario. Primero dio Pedro a la Virgen la Extremaunción: lo hizo como se hace hoy. Luego le dio la santa Comunión, que María recibió derecha, sobre su lecho, sin apoyarse. Después se recostó y tras la breve oración de los apóstoles recibió el cáliz de manos de Juan, erguida un tanto sobre su lecho, aunque no tanto como cuando recibió la Comunión bajo la especie de pan. Después de la Comunión ya no habló María. Tenía vuelto hacia arriba su rostro, hermoso y fresco, como en su juventud. Yo no veía el techo de su habitación: la lámpara colgaba en el aire. Una senda de luz se dibujo desde María hacia la Jerusalén celestial y hasta el trono de la Santísima Trinidad. A ambos lados de esta senda luminosa había caras de innumerables ángeles. María levantó sus brazos hacia la celeste Jerusalén y el cuerpo se levantó tan alto sobre el lecho, que yo veía perfectamente todo lo que había debajo. Parecía que salia de ese cuerpo una figura resplandeciente que extendía sus brazos hacia lo alto. Los dos coros de ángeles cerraron por debajo ese nimbo de luz y subieron en pos del alma de María, separada de su cuerpo, que se inclinó suavemente, con los brazos cruzados sobre el pecho, en la cama desde la cual se efectuó su caprichoso tránsito. Muchas almas de santos, entre las cuales reconocí a varias, vinieron a su encuentro. Allí estaban José, Ana, Joaquín, Juan el Bautista, Zacarías e Isabel. María se elevó entre estas almas hasta el encuentro de su divino Hijo, cuyas llagas brillaban más que la luz, envolviéndolo todo. Jesús recibió a su Madre y le entregó el cetro, señalando el universo a su alrededor. En el mismo momento he visto algo que mucho me consoló: salían muchas almas del Purgatorio en dirección al Cielo. Tengo la seguridad de que cada año, en el día de su Asunción, muchas almas devotas de María reciben la liberación de sus penas y suben al Cielo. En cuanto a la hora del tránsito de María, se me indicó que era la hora nona, en la cual murió también su divino Hijo. Pedro y Juan deben haber visto esta glorificación de María, pues noté que tenían los ojos elevados a los cielos, mientras las demás personas estaban postradas inclinadas hacia la tierra. El cuerpo de María estaba resplandeciente, como en tranquilo reposo, con los brazos cruzados sobre el pecho, y tendido en su camilla, mientras los presentes, de rodillas, oraban con fervor y lágrimas en los ojos.

Más tarde las santas mujeres cubrieron el cuerpo con una sábana. Reunieron todos los objetos de uso en una parte y lo taparon todo, hasta el hogar. Luego se cubrieron con sus velos y oraron largo tiempo, ya de rodillas, ya sentadas, en la primera sala. Los apóstoles se cubrieron la cabeza con la capucha que traían y se ordenaron para rezar en coro. Dos de ellos se hincaron a la cabecera y a los pies del lecho. He visto que durante el día se turnaron cuatro veces y que los apóstoles recorrieron el Vía Crucis de María.

Mientras tanto Andrés y Matías estaban ocupados en preparar la sepultura, la cueva que María y Juan habían dispuesto como sepulcro de Jesús al final de las estaciones del Vía Crucis. Esta gruta no era tan grande como la de Jesús. Tenía apenas la altura de un hombre y delante un jardincito cercado con estacas. Un sendero llevaba hacia la gruta donde había una piedra ahuecada para recibir el cuerpo, con una pequeña elevación donde descansaría la cabeza. La estación del monte Calvario estaba en la colina de enfrente; no había allí una cruz visible, sino sólo grabada en la piedra. Andrés, especialmente, trabajó mucho en esta obra, y colocó una puerta delante del sepulcro. El sagrado cuerpo fue preparado por las santas mujeres para la sepultura. Entre estas mujeres recuerdo a una hija de Verónica y a la madre de Juan Marcos. Trajeron hierbas olorosas y esencias, y procedieron al embalsamamiento de acuerdo con la costumbre de los judíos. Cerraron las puertas y se servían de luces en su trabajo. Cerraron también el tabique de división de la cámara de María y despejaron esa división para tener más espacio. Los tabiques y esteras que dividían el lecho de María fueron quitados por la criada, como también el armario de los vestidos. Sólo quedo el altar delante del Crucifijo de la Virgen, en el oratorio, y así todo ese espacio quedó convertido en una iglesia, donde los apóstoles podían rezar y celebrar los divinos oficios. Mientras las santas mujeres preparaban el sagrado cuerpo para la sepultura, los apóstoles oraban en coro, parte en la primera sala y parte afuera. Las mujeres procedían en su trabajo con la reverencia con que debían tratar tan sagrado cuerpo. Lo hicieron con el mismo cuidado con que habían tratado el sagrado cuerpo de Jesús. El sagrado cuerpo de María fue colocado con su vestidura en un canasto, hecho según la forma del cuerpo, de tal modo que este sobresalía del cajón, El cuerpo era blanco, luminoso, tan liviano y espiritualizado que se levantaba con toda facilidad. El rostro era fresco, rosado y juvenil. Las mujeres cortaban los cabellos para conservar reliquias de la Virgen. Pusieron plantas olorosas en torno del cuello y la cabeza, bajo los brazos y en las axilas.

Antes de que pusieran sobre el cuerpo revestido de blanco, otras telas blancas para envolverlo todo, San Pedro celebró, delante del sagrado cuerpo, la santa Misa, y dio a los apóstoles la Comunión. Después se acercaron Pedro y Juan con sus capas magnas de fiesta. Juan sostenía un recipiente con con oraciones, bálsamo, y Pedro ungió todavía, en forma de cruz y aceite y la frente, las manos y los pies del sagrado cuerpo, y luego las santas mujeres lo envolvieron todo con sábanas blancas. Sobre la cabeza pusieron una corona de flores blancas, rojas y azul celestes, como símbolo de su virginidad. Sobre el rostro pusieron un género transparente, de modo que se pudiera ver la cara. Los brazos estaban cruzados sobre el pecho, y los pies, rodeados de hierbas olorosas, cubiertos con un genero transparente. Así preparado el sagrado cuerpo, fue puesto finalmente en un cajón de madera blanca, con una tapa que por arriba, por el medio y por debajo se podía sujetar al cajón. Este cajón se colocó sobre unas andas. Todo se hizo con cierta solemnidad y emoción tranquila; el duelo también fue con mayor exterioridad y muestras de dolor que en la sepultura de Jesús, donde hubo mezcla de miedo y de apresuramiento por causa de los enemigos.

Para llevar el sagrado cuerpo hasta la gruta, como a media hora de camino, procedieron de este modo: Pedro y Juan levantaron el cuerpo de sobre las andas y lo llevaron hasta la puerta de la casa. allí, puesto de nuevo sobre las andas, lo cargaron en sus hombros. Seis de ellos se alternaban en llevar el sagrado depósito. El sagrado cuerpo colgaba de entre las barras de las andas, corriéndolas entre correas y esteras, como una cuna. Delante de esta procesión iban parte de los apóstoles rezando y las santas mujeres detrás, cerrando el cortejo. Llevaban antorchas metidas en unas calabazas y levantadas sobre palos largos.

Llegados a la gruta depositaron las andas. Los apóstoles introdujeron el cuerpo y lo depositaron en el hueco cavado de antemano. Todos desfilaron una vez más delante de los sagrados despojos para rezar y honrarlos. Luego cubrieron toda la sepultura con una estera. Delante de la gruta cavaron un hoyo y trajeron una planta bastante grande con sus raíces y sus bayas, la plantaron profundamente y la regaron abundantemente para que nadie entrara por delante en la gruta. Sólo podía llegarse a ella por los lados, por entre los matorrales.

XXV

La gloriosa Asunción de María Santísima

En la noche de la sepultura sucedió la Asunción de la Virgen al cielo con su cuerpo. He visto a varios apóstoles y mujeres esa noche rezando ante la gruta o, mejor dicho, en el jardincito delantero. He visto bajar del cielo una senda luminosa y tres coros de ángeles rodeando el alma de María, que venía resplandeciente a posarse sobre la sepultura. Delante del alma venía Jesús con sus llagas luminosas. En la parte interior de la gloria donde estaba el alma de María, se veían tres coros de ángeles. La más interior parecía de caras angelicales de niños pequeños; la segunda hilera eran caras de criaturas de seis a ocho años, y la mas exterior eran de jóvenes. Sólo se distinguían bien los rostros: el resto del cuerpo era como una estela luminosa algo indeterminada. En torno de la forma de la cabeza de María había una corona de ángeles. No podría decir qué es lo que veían los presentes; yo sólo veía que miraban arriba, llenos de admiración y emoción. A veces, llenos de maravilla, se echaban con los rostros al suelo. Cuando esta aparición se hizo más clara y se poso sobre el sepulcro, se abrió una senda desde allí hasta la celeste Jerusalén. El alma de María, pasando delante de Jesús, penetró a través de la piedra en el sepulcro; luego se alzó de allí con su cuerpo, resplandeciente de luz, y se dirigió triunfante, con el angélico acompañamiento, a la celeste Jerusalén.

Cuando días después estaban los apóstoles rezando en coro, llegó el apóstol Tomás con dos acompañantes. Era uno el discípulo Jonathán Eleazar y un criado del país de los Reyes Magos. Tomás quedo muy afectado al oír que María había sido ya depositada en su sepulcro. Lloró amargamente y no podía consolarse de haber llegado tan tarde. Con su discípulo Jonathán se echó de rodillas, llorando muy afligido, ante el lugar donde había sido el tránsito de María. También oró delante del altar allí erigido. Los apóstoles, que no habían interrumpido su canto coral de los salmos, acudieron entonces; lo alzaron con cariño, lo abrazaron y le ofrecieron pan, miel y alguna bebida. Después lo acompañaron, llevando luces, al sepulcro. Dos discípulos apartaron las ramas del arbusto. Tomás y Eleazar oraron delante del sepulcro. Juan abrió las tres pretinas que cerraban el cajón. Dejaron la tapa de un lado y vieron, con gran maravilla, el sepulcro vacío. Sólo estaban allí las sábanas y las telas con las que habían envuelto los sagrados restos. Todo estaba en perfecto orden. La sábana estaba corrida por la parte del rostro y abierta por la parte del pecho. Las ataduras de brazos y manos aparecían abiertas, puestas en buen orden. Los apóstoles alzaron las manos en lenas de gran admiración, y Juan grito: "No esta más aquí". Los demás se acercaban, miraban, lloraban de alegría y admiración; oraban con los brazos levantados y los ojos en lo alto, y se echaban al suelo pensando en la luz que habían visto la pasada noche. Luego tomaron todos los lienzos y el cajón consigo, como reliquias, y llevaron todo hasta la casa, orando y cantando salmos en acción de gracias. Cuando llegaron a la casa, puso Juan las telas dobladas delante del altar. Tomás y los demás rezaban. Pedro se apartó un tanto, preparándose para los misterios. Luego lo vi celebrar la Misa delante del Crucifijo de María, y a los demás apóstoles detrás de él, en orden, orando y cantando. Las mujeres estaban junto a la puerta y cerca del hogar.

El criado de Tomas tiene aspecto de extranjero: ojos pequeños, los huesos de las mejillas alzados, frente y nariz hundidas y color moreno. Ya estaba bautizado y era sencillo en su modo de ser, muy rendido y humilde. Hacia todo lo que se le ordenaba: quedaba de pie o se sentaba conforme le decían; volvía los ojos adonde se le indicaba; iba y venia según le mandaban, y a todos sonreía. Cuando vio que Tomas lloraba, lloró también él. Fue inseparable compañero y ayuda de Tomás, y lo he visto alzar piedras muy grandes cuando Tomás edificaba alguna capilla.

A los apóstoles los veo con frecuencia reunidos contando en qué países estuvieron de misión, y lo que les pasó en ellos. Antes de separarse los apóstoles para volver a sus respectivos países, fueron a la sepultura, y cavando y echando tierra e impedimentos hicieron imposible el acceso a la gruta. De una parte de esta dejaron un acceso hasta la pared con un pequen boquete para mirar adentro. Este sendereo era conocido sólo de las santas mujeres que habitaban allí. Sobre la gruta erigieron una capilla con maderas y esteras, cubierta con colgaduras. El pequeño altar interior era de piedra con una grada también de piedra. Letras del altar colgaron una tela donde estaba bordada la imagen de María en su vestido de fiesta. El jardincito fue transformado, como asimismo las estaciones del Vía Crucis y recorrido entre rezos y cánticos. El espacio donde había tenido la Virgen su Crucifijo, su altar y su dormitorio fue transformado en iglesia. La criada de María ocupó la pieza delantera y Pedro dejo allí a dos discípulos para cuidar a los cristianos que vivían en los contornos. Los apóstoles se despidieron, después de abrazarse una vez más y de haber celebrado la Misa en la pieza de María. Algunos volvieron mas tarde, según la ocasión, a este lugar para rezar. He visto que en algunos lugares los fieles erigían capillas imitando la forma de la casa de María y que el Vía Crucis y el oratorio de su sepultura eran muy visitados en años posteriores por los primitivos cristianos.

Tuve una visión referente a la devoción a María en los tiempos primitivos. Una mujer de las cercanías de Éfeso tenía gran devoción a la Virgen, y habiendo visitarlo su casa y visto el altar, mando hacer uno semejante en su casa, el cual lo cubría con un tapiz de muy subido precio. Años después la mujer empobreció y tuvo que vender parte de sus posesiones. Llegó su necesidad al punto de verse obligada a vender el hermoso lienzo del altar de María, y lo hizo a una mujer cristiana casada. Cuando llegó la fiesta de la Asunción se conturbo mucho por no tener aquel hermoso lienzo con que adornar el altar de la Virgen. Con esta aflicción se determine ver a la mujer que le había comprado el lienzo, pidiéndole se lo prestara, sólo por el día, para adornar el altar de María. Esta mujer, que había tenido dos criaturas gemelas, no quiso acceder a su petición, y el marido llego a decir: "María esta muerta y no necesita esta prenda; en cambio mi mujer, que la ha comprado, la necesita". La piadosa mujer se alejó muy contristada y expuso su pena a la Virgen. Esa misma noche vi lo que paso en casa de aquella familia. Se les apareció la Virgen, con rostro airado, y les dijo que en castigo de su dureza para con la pobre mujer, morirían sus dos hijos gemelos y ellos se verían reducidos a mayor miseria que la de la pobre mujer. Los dos despertaron con cierto temor, aunque lo tuvieron por un simple sueño al principio. Pero grande fue su espanto cuando encontraron a sus dos hijos muertos. Recién entonces reconocieron su grave culpa, y el hombre fue con mucha humildad a presentar a la mujer pobre la tela pedida para la fiesta de María, y así obtuvieron que no se realizara la otra parte del castigo con que se les había amenazado.

En la casa sólo queda Juan Evangelista; los otros han partido. Vi a Juan, en cumplimiento de la orden de la Virgen Santísima, repartiendo la ropa, que había dejado la Virgen, a la criada y a otra mujer que venia con frecuencia a ayudar en los quehaceres de la casa. En el armario se encontraron algunos objetos procedentes de los tres Reyes Magos. Vi dos largas vestiduras blancas, varios velos, colchas y algunas alfombras, Vi también aquel vestido listado que María había llevado en las bodas de Cana y que se ponía cuando hacia el Vía Crucis. De este vestido poseo un trocito. Algo de ello fue a la Iglesia. Así se pudo hacer un adorno sacerdotal para la iglesia de Betesda con el hermoso velo nupcial de color celeste, bordado de oro y sembrado de rosas. En Roma quedan todavía reliquias de esta prenda. Yo las veo allí, pero ignoro si alguien conoce estas reliquias. María llevó estas prendas en la época de sus esponsales y nunca más después. Todas estas cosas se hacían silenciosamente; todo procedía bien y en secreto, pues no había aun esa agitación, esa inquietud tan propia de nuestros tiempos. La persecución no había llegado a desarrollar la red de espionaje y todo se hallaba aun en paz en torno de la comunidad cristiana.